EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 16. Tomo I.—SABADO 15 DE JUNIO 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Historia. Batalla de Waterloo, por D. A. F. del Rio.—**Shakspeare; segundo artículo**, por D. Evaristo San Miguel.—**Espatolino (novela)**, por la señorita Avellaneda.—**Poesía**, por D. Pedro de Madrazo.—**Las Verbenas**, por D. Antonio Flores.—**Bellas artes; segundo artículo**, por D. Pedro de Madrazo.—**Revista de la Quincena**, por D. A. F. del Rio.—**Alfonso Munio**, por D. Antonio Flores.

HISTORIA.

BATALLA DE WATERLOO.

AHORA se cumple el aniversario de uno de los sucesos contemporáneos que mas influencia han ejercido en la política de Europa; suceso que, apagando el marcial estruendo de las armas, vino á ofrecer, tras largos dias de zozobra, dulces horas de sosiego á reyes vacilantes en sus tronos y á pueblos ya cansados de privaciones y de sacrificios. Aun resplandece la aureola del triunfo en las sienes del artillero de Tolon, general del ejército de Italia, jefe de la expedicion á Egipto, semidios de la guerra en cien batallas campales, digno heredero de la gloria de los capitanes mas insignes, emperador de emperadores: un año y otro se ha ostentado en el ara de la victoria sobre el pedestal de la fortuna: desde la cumbre de su poderio ha arrojado cetros y coronas á sus valientes soldados en su triunfal carrera: empaña pasajero eclipse sus pomposos laureles: no ha decaido de ánimo viéndose acosado de naciones desde Moscow á Fontainebleau, desde Fontainebleau á la isla de Elba: aporta de improviso á las costas de Francia: desembarca en Cannes, donde le acoge el pueblo con las mas vivas aclamaciones de entusiasmo; aclamaciones que se renuevan en Digue, Gap, San Bonnet, Vizille, Grenoble, Borgoña, Autun, Auxerre y Fontainebleau, arrastrando en pos de su huella á cuantos destacamentos y divisiones pretenden atajarle el paso. Con la marcha victoriosa de Napoleon desde Cannes á Paris contrasta de un modo extraño la vergonzosa fuga de Luis XVIII desde París á Gante: la opinion del pueblo francés no podia manifestarse de un modo mas esplícito: podria serle á Napoleon adversa la suerte de las armas; pero su-

yas eran las simpatías de los franceses, suyas las glorias del imperio, suyo el prestigio, merecedor su noble y alto espíritu del mando supremo. No obstante su ruina estaba próxima: era el ídolo de sus pueblos; mas sus pueblos ávidos de paz tenian que lanzarse otra vez á la guerra para conservar en el trono al objeto de su cariño. Reunida toda Europa en su daño era imposible resistir al furioso ímpetu de monarcas y naciones. Inglaterra y Rusia, Prusia y Austria acumulaban ejércitos en contra de un solo hombre: sus proposiciones de paz no obtenian respuesta alguna: se trataba de su esterminio, y esta unánime determinacion de las potencias aliadas solo podia conjurarse en fuerza de victorias: era forzoso aventurarse á nuevas lides.

Napoleon salió de su corte el 12 de junio con direccion á la frontera de Bélgica. Al llegar á Avesnes el dia 14 dió á sus tropas la siguiente proclama:

«Soldados: hoy se cumplen los aniversarios de »Marengo y de Frienland que decidieron por dos ve»ces de los destinos de Europa. Fuimos entonces har»to generosos, como lo fuimos despues de las jorna»das de Austerlitz y de Wagram: creimos en las pro»testas y juramentos de príncipes, á quienes conser»vamos en sus tronos. Mas coaligados ahora amena»zan de nuevo la independencia y los mas sagrados »derechos de Francia: se han arrojado á una agresion »injusta: marchemos á su encuentro: ellos y nos»otros no somos ya los mismos hombres.

»Soldados, tenemos que hacer marchas forzadas, »que trabar refriegas, que arrostrar peligros; mas »con teson y perseverancia nuestra será la victoria, y »habremos logrado la reconquista de los derechos del »hombre y de la felicidad de la patria. Es llegado el »trance de vencer ó morir para todo francés valeroso.»

Harto bien demuestra este lenguaje de Napoleon que ya *ni en sí mismo tenia confianza*, como lo ha afirmado despues en el Memorial de Santa Elena; ya no les muestra en perspectiva á sus legiones, por uno de esos sublimes arranques del genio, un triunfo seguro, designales la muerte ó la victoria como preciso término de aquella jornada: no les brinda con su ardoroso acento lauros que han de ornar sus frentes; antes bien les insinúa que acaso el laurel vá á dar en breve sombra á sus tumbas.

En frente de Napoleon y en el territorio de los Paises-Bajos se hallan Wellington y Blucher con

mas de doscientos treinta mil combatientes. Wel-

lington es el hijo mimado de la fortuna: en la India, en Dinamarca, en Portugal, en España siempre ha guiado sus tropas por la florida senda de los triunfos: ignora lo que son reveses en la guerra: no es un genio portentoso, mas sí un excelente caudillo tan hábil como prudente, tan valeroso como mesurado: no le arrebata el vivífico fuego del entusiasmo: distínguese por su imperturbable sangre fria. Desde el congreso de Viena, ha partido presuroso á combinar con Blucher, general de los prusianos, un plan de campaña: todos los esfuerzos de Napolon tienden á separarlos, interponiéndose entre ambos ejércitos. Logra al principio lo que se propone: alcanza el dia 15 en Fleurus al ejército prusiano, copándole dos mil hombres y cinco piezas de artillería, y el 16 en Ligni, donde sufre Blucher una completa derrota, dejando 25000 hombres en el campo de batalla, si bien esta enorme pérdida no debilitaba mucho á un enemigo que tenia en línea inmensas masas, y á retaguardia tropas de refresco todavía en número mas crecido. Es indispensable aventurarlo todo, lanzarse á un combate mas decisivo, obtener un triunfo que aniquile al ejército de Prusia y caer sobre Wellington para destruirle en seguida. Todas las órdenes de Napoleon se encaminan á este fin; si abortan sus planes culpa será de la traicion que penetra en sus filas ó de los yerros en que incurra alguno de sus generales.

Cuando Luis XVIII huyó despavorido á los Paises-Bajos, en vez de defender hasta la muerte el derecho divino en virtud del cual pretendia ceñirse la corona, le acompañó uno de sus mas leales servidores, un hombre eminente que 24 años antes habia abandonado con premura los bosques vírgenes de América por sellar con su sangre su entrañable amor á la dinastía de los Borbones; un célebre escritor que, en la época á que aludimos, habia dado á luz un folleto, que *le valió un ejército* al monarca fugitivo, segun sus propias palabras. Chateaubriand en una de sus mas recientes obras describe con la mágia de su estilo y la sublimidad de su poesía el efecto que produjo en su mente la última batalla de Bonaparte.

«El 18 de junio, dice, salimos de Gante por la »Puerta de Bruselas á eso de mediodia; íbamos á »pasearnos por el camino real sin otra compañía que »los Comentarios de Julio César y caminábamos len»tamente engolfados en la lectura. Ya nos hallábamos »á mas de una legua de la ciudad cuando nos pare»ció oir un sordo ruido. Nos detuvimos, miramos »al cielo encapotado de nubes, deliberando interior»mente si continuaríamos nuestro paseo ó tomaria»mos la vuelta de Gante por temor de una tormen»ta. Prestamos atencion, y solo oimos el grito de una »gallina de agua entre los juncos, y la campana de un »reloj de aldea; proseguimos nuestro camino. Aun »no habíamos andado treinta pasos cuando volvió á »percibirse el ruido, ya breve, ya prolongado por »intervalos desiguales, algunas veces no era percep»tible sino por una trepidacion del aire, la cual se »comunicaba á la tierra en aquellas inmensas llanu»ras. Aquellas detonaciones menos vastas, menos »ondulantes que las del trueno, hicieron nacer en »nuestra mente la idea de un combate. Estábamos »delante de un álamo y en el ángulo de un campo de »lúpulo: cruzamos el camino y nos apoyamos en el »tronco del árbol, vuelto el rostro hácia la parte de »Bruselas. Habiéndose levantado el viento del Sur »nos trajo mas distintamente el estruendo de la ar»tillería. Aquella batalla todavía sin nombre, cuyos »ecos vibraban en nuestro oido al pié de un álamo, »y por cuyos desconocidos funerales tañia en triste »compás un reló de aldea, era la batalla de Waterloo.»

Agolpábanse á la mente del ilustre peregrino de Tierra Santa reflexiones desconsoladoras. Tal vez se estaba dando un combate definitivo: acaso se iban á echar suertes sobre el mundo como sobre la vestidura del Redentor de los hombres. Si Napoleon alcanzaba la victoria sucumbia la libertad de Francia: si vencia Wellington se oscurecia la gloria de la nacion de San Luis y la legitimidad entraria en la corte en pos de falanges extranjeras, y las carrozas de su séquito serian las camillas de los granaderos franceses mutilados en el campo de batalla. «Entretanto »no aparecia ningun viajero, continúa Chateaubriand: »algunas mujeres esparcidas por los campos, escar»dando pacíficamente en surcos de legumbres no »tenian trazas de percibir el rumor que vibraba en »nuestro oido. Mas al fin asoma un correo; abando»namos el pié del árbol y nos colocamos en medio »de la calzada, el correo se detiene: le interrogamos: »pertenecia al duque de Berry y venia de Alost. Su »narracion fué la siguiente»—Ayer 13 de junio entró Napoleon en Bruselas despues de un combate sangriento. Hoy ha debido comenzar de nuevo la batalla: se cree en la derrota definitiva de los aliados y tienen órden de retirarse. — El correo prosiguió su camino.

»Le seguimos con presuroso paso y nos tomó la »delantera el coche de un negociante que huia en »posta con toda su familia: nos confirmó el relato »del correo.»

Tan inexactas eran las noticias que circulaban en la noche del 18 de junio á poca distancia del sitio de la catástrofe: aquellas horas debieron ser igualmente angustiosas para el insigne guerrero que habia brillado en la postrera de sus lides, y para el temeroso rey que iba á recibir de extrañas manos y como de limosna el cetro de una gran monarquía. Narremos ahora algunos pormenores de la gran batalla.

Recelando Napoleon que abandonase Wellington las llanuras de Waterloo visita de noche las grandes guardias: al fin viene la aurora á desvanecer sus inquietudes, todo el ejército inglés se halla delante de sus ojos, despéjase de repente la atmósfera, encapotada de nubes en los dias anteriores, y saluda al sol de Austerlitz el capitan del siglo. Recorre á las diez y media de la mañana las filas de sus tropas poseidas de belicoso entusiasmo: tienden sus planes á romper el centro de los ingleses, empujarle hácia la carretera y á cortar la retirada á derecha é izquierda á la salida del bosque. Hallándose casi intransitables los caminos á consecuencia de la copiosa lluvia que ha caido toda la noche, es algo lenta la marcha de los franceses, quienes ademas necesitan secar sus armas y ponerlas en buen uso. A la una y media se empeña el combate por tres diversos puntos. Se descubre al ejército inglés formado en batalla sobre la carretera de Charleroy á Bruselas, delante del bosque de Soigne, y ocupa todas las alturas desde el ribazo que domina á Hougoumont hasta la ladera de otra colina inmediata á las quintas de Pappelotte y de la Haie. Era la posicion de Hougoumont de suma importancia para los ingleses, debiendo reunírseles por aquella parte los prusianos: allí se hallaban los mejores soldados de Wellington y por allí fué mas impetuosa la acometida. Gerónimo Bonaparte se apodera del bosque de Hougoumont, vuelve á caer en poder de los ingleses ganándole de nuevo sus enemigos, y despues de diversas alternativas lo conservan las tropas imperiales. Mas los soldados de la Gran-Bretaña se sostienen en la quinta con teson y admirable denuedo. Recibe el general Reille órden terminante para reducirla á escombros con una batería de obuses.

A la derecha apoyado el conde de Erlon por inmensa artillería se dirigia hácia la aldea del monte San Juan: allí estalla un espantoso cañoneo que causa un gran destrozo en la infantería inglesa y barre la colina. Despues que Napoleon corre toda la línea entre las aclamaciones de entusiasmo de sus tropas, se sitúa en una altura cerca de la quinta de la Bell-Alliance desde donde puede abarcar todo el campo de batalla, disponer de sus reservas y lanzarse á los puntos de mas peligro.

Iba á atacar el mariscal Ney el centro enemigo, cuando se distingue un cuerpo de tropas sobre las alturas de San Lamberto. Por una carta interceptada sabe Napoleon que Bulow se ha situado entre el ejército francés y el cuerpo de Grouchy, cuando este debia haberse colocado entre los ejércitos de Prusia y de Inglaterra; mas si no lo ha conseguido es de presumir que siga de cerca á Bulow y que le entretenga mientras que Napoleon derrota á Wellington.

Dumont y Suberwick deben contener á la vanguardia de Bulow y ponerse en comunicacion con Grouchy á quien participa un correo la llegada de los prusianos. Tomadas estas disposiciones manda Napoleon á Ney que se apodere de la quinta de la Haie-Sainte y de la aldea de la Haie. Ney llega al pié de aquella posicion con su habitual bravura; protegen su movimiento ochenta piezas de artillería; mas la caballería inglesa se lanza entre la infantería de los franceses, y esta retrocede despues de perder dos águilas y muchos cañones. Acude Milliaud con una brigada de coraceros que cubre el campo de cadáveres. Napoleon que ve el estrago de su infantería, se arroja hácia aquel punto al galope: restablece el órden; continua con furia el cañoneo, y se apoderan los franceses de la quinta de la Haie-Sainte: suya es la victoria si Grouchy se presenta.

Entonces es cuando desemboca Bulow por San Lamberto, y despliega sus fuerzas delante de los bosques de la Parise. Se esfuerza el conde de Lobau por atajar el paso al nuevo enemigo que se dirige al centro de los franceses; mas es imposible que contenga á treinta mil hombres de refresco con dos mil quinientos caballos y siete mil infantes. Aun espera Napoleon romper el centro enemigo antes de que puedan oponérsele los prusianos. Renuévanse cada vez con mas furor los ataques. Asaltada con violento ímpetu la infantería inglesa, forma cuadros que vomitan la metralla y la muerte sobre los escuadrones franceses; mas estos se arrojan sucesivamente contra aquellos baluartes de fuego, rompiendo al fin muchos de ellos. Trábase sangrienta lucha entre la caballería francesa y la del enemigo que viene en socorro de la infantería. Wellington vé mermar sus tropas: obligado á encerrarse á cada instante en un cuadro, debe su salvacion á la inmovilidad de sus soldados que mueren impávidos en sus puestos. Al ver aquella espantosa carnicería, brotan lágrimas de sus ojos. «Aun se necesitan algunas horas para destruir á esos valientes, plegue al cielo que llegue pronto la noche ó los prusianos.» La mano de hierro de los coraceros franceses sigue diezmando sus batallones: por espacio de dos horas afrontan la muerte aquellos heróicos soldados: ni la artillería ni la bayoneta disminuyen la fuerza de sus ataques de que son víctimas doce mil ingleses.

Wellington estaba en el último apuro, empieza á notarse en sus filas el desórden precursor de una derrota: el general inglés se dispone á dar la señal de retirada: solo podian salvarle, como decia, la noche ó los prusianos. En este momento entra en línea Blucher á la cabeza de treinta mil hombres, abriendo así comunicacion entre Bulow y Wellington.

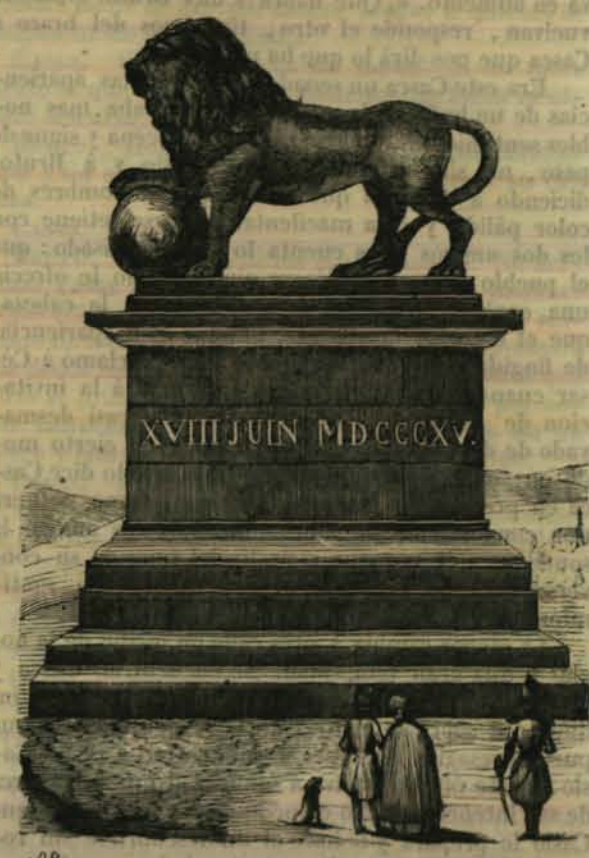
Abandonado Napoleon á sí mismo, privado de su ala izquierda, y amenazado por ciento cincuenta mil combatientes despues de ocho horas de lucha, medita sobre su situacion con sangre fria. Es forzoso resistir á los dos ejércitos y manda un gran cambio de frente. Se forman los batallones de la guardia en dos columnas, mientras tres batallones de infantería de la segunda línea se retiran en buen órden á retaguardia. Napoleon corre á su encuentro y les ordena volver á sus posiciones. Mas el movimiento retrógrado y la llegada de Blucher hacen retroceder á muchos regimientos empeñados con los enemigos sobre las colinas. Napoleon conoce la necesidad de sostener á su caballería vacilante, y se dirige con los cuatro primeros batallones de la guardia media á la izquierda de la Haie Sainte, prescribiendo al general Reille que reuna todas sus tropas sobre su extremo izquierdo, formándolas en columna de ataque. Halla en la Haie Sainte una parte de las tropas de Ney, que venia en retirada, y logra que avance de nuevo, noticiando la próxima llegada de Grouchy. Ney se adelanta con cuatro batallones de la guardia media para conservar la colina, se lanza á la pelea espada en mano: cede el enemigo á la impetuosidad del ataque; mas sosegado Wellington con la llegada de los prusianos, manda avanzar á todos los batallones que tiene disponibles, y se traba de nuevo el combate: otra vez va á coronar la victoria los esfuerzos de los franceses, cuando Blucher rompe por medio de la débil division que se le opone al paso, y penetra en el pueblo de la Haie. Se aprovecha Wellington de la vacilacion que nota en el movimiento del ejército frances, y lanza allá toda su caballería. Se mezclan en la lucha los cuatro escuadrones de servicio cerca del emperador, y sucumben al número á pesar de su prodigiosa valentía. Al mismo tiempo agoviados de fatiga retroceden los cuatro batallones de la guardia media despues de haber quemado hasta el último cartucho, y el ejército de Wellington canta al fin victoria. Oyese entonces el grito de *sálvese el que pueda*; cunde el desórden, mézclanse las filas, vénse atropellados por las masas, fugitivos los ocho batallones de la guardia que se sostenian en el centro, merced á la serenidad del intrépido Cambronne y del mariscal

Ney, que habia perdido cinco caballos en aquella jornada. Multiplicando la caballería inglesa sus cargas contra batallones rotos y dispersos, acrece la confusion y el espanto con el auxilio de las tinieblas de la noche. En vano intenta el emperador reunir á los fugitivos: la oscuridad destruye el efecto de su presencia, y el tumulto ahoga su mágico acento. Entonces es cuando el príncipe Gerónimo grita: *Aquí debe perecer cuanto lleva el nombre de Bonaparte.*

Arrastrado en la derrota, rodeado de enemigos, se coloca Napoleon dentro de un cuadro, donde intenta morir con los valientes que todavía pelean. Le libran de la muerte los generales que están á su lado, y los granaderos le instan á que se retire: no pudo lograr su sepultura en su postrer combate

Aquí termina la magnífica iliada del imperio: aquí se marchita la gloria de cincuenta grandes triunfos obtenidos por Bonaparte: ya no resonará en su oido otro rumor que el de las olas del Océano al estrellarse en la roca de Santa Elena. Ya está consumada la obra de los aliados, y va á comenzar el periodo de la Restauracion, cuya única gloria fue la invasion de nuestro territorio en 1823. Aspiraba el gabinete de entonces á vengar la ignominia de la Francia; precio del restablecimiento de los Borbones en su trono, y Luis XVIII ni aun supo mostrar su gratitud al hombre que fué el alma y el espíritu de aquella empresa, y este fue el primer síntoma de la revolucion de julio.

Si el general Grouchy hubiera ejecutado las órdenes de Napoleon es imposible calcular el desenlace de aquellos sucesos: suya hubiera sido la batalla de Waterloo; mas la Europa siempre hubiera peleado hasta destruirle. Sin la llegada de Blucher, Wellington hubiera tenido que pronunciar su retirada, despues de pelear encarnizadamente: sus regimientos escoceses se dejaron hacer trizas sin perder un palmo de terreno: Wellington mismo vió caer en torno suyo á todo su estado mayor sin pestañear siquiera: nunca se mostró mas á las claras su imperturbable sangre fria: jamás fué mas impetuoso el ataque de las águilas francesas, ni mas tenaz la resistencia del leopardo de la gran Bretaña: el ejército de Prusia inclinó la balanza á favor de los ingleses: por espacio de ocho horas habian opuesto su valentía á la guardia imperial mandada por Ney y á los coraceros de Kellerman: con la derrota no hubiera sufrido mengua su bravura, así como despues del triunfo de Wellington brilla el denuedo francés en aquella jornada, cuya fecha se halla esculpida en el pedestal del leon colocado en la cum



bre de un monte de aquel memorable campo de batalla, fecha que nunca se borrará de aquel monumento mientras la Francia no ensanche sus fronteras.

A. F. del Rio.

SHAKSPEARE.

SEGUNDO ARTÍCULO.

El mejor modo de conocer la manera y estilo de un autor es analizar sus obras. Cuanto hemos dicho y pudiéramos decir de la índole y carácter de las de Shakspeare no darian de él una idea tan exacta como un simple extracto ó bosquejo de cualquiera de sus dramas.

Comenzaremos por el de Julio César, no por ser el mejor ni aun de los mejores de este grande ingenio, sino por abrazar un asunto histórico tan conocido, y sobre todo por haber sido imitado por Voltaire en su *Muerte de César*. Sin duda para hacer mejor resaltar la ventaja que la imitacion llevaba á su modelo, se tomó el trabajo de traducir en versos libres la obra del autor inglés. Mas, aunque desfigurada de este modo, pues los franceses no usan dicho género de versos, todavía resalta á los ojos de cualquier lector imparcial lo inferior que se quedó el francés al de la otra parte del Estrecho.

Antes de comenzar haremos la observacion de que los dramas de Shakspeare no se representan en Inglaterra del mismo modo que los ha compuesto. Se han hecho supresiones de pasajes de escenas enteras, de personajes, llegando la libertad hasta trasladar escenas de una pieza á otra. Las primeras de Ricardo III tal cual se representan hoy, son las últimas de la tercera parte de Enrique VI que ha desaparecido de las tablas.

Nosotros nos atendremos en todo al texto de su drama tal cual él lo ha escrito.

El asunto del Julio César es la muerte de este dictador en pleno senado, tomado enteramente de su vida por Plutarco. Voltaire en la imitacion termina con este lance su tragedia; mas el autor inglés la lleva hasta la derrota y muerte en el campo de batalla de Casio y Bruto que fueron los principales conjurados.

Se abre la escena en una calle pública, llena de gente del pueblo que concurre á ver la fiesta de las Lupercales. Dos tribunos de la plebe les preguntan con enfado por qué no siendo un dia festivo se presentan en la calle sin el signo de sus oficios respectivos. Indicamos esta circunstancia porque era en tiempo del autor la costumbre de Inglaterra. Sin duda no lo era la de Roma. Mas en el momento en que Shakspeare se separa del autor que imita, manifiesta evidentemente sus escasos conocimientos, ó por mejor decir ignorancia de la historia.

Los interrogados responden que han venido á ver pasar á César que ha tomado parte en la indicada fiesta. Los tribunos entonces les afean su conducta, haciéndoles ver los ningunos beneficios que César ha hecho á la República, lo mucho que hay que temer de su ambicion, y sobre todo lo ingrato que es en ellos el olvidar de este modo la memoria de Pompeyo. La gente se retira: los dos tribunos, enemigos como se ha visto de César, continúan por algun rato su conversacion hasta que la escena se traslada á una plaza pública.

Entran en ella César, su mujer Carpurnia, Marco Antonio, y una numerosa comitiva, con aquella especie de desórden que marcaba dichas fiestas. La conversacion de César con Antonio es sencilla, sin artificio, sin ornato, tal cual la usaria cualquier hombre en aquellas circunstancias. No observaba nuestro autor la regla de que á los grandes personajes se debe hacer hablar en todas circunstancias con dignidad, con magestad, con aparato.

Pasan César y su comitiva. Quedan en la escena Bruto y Casio. Quisiéramos imitar, pues traducir seria imposible, la mayor parte de su diálogo que en nuestra opinion es admirable. Mas nos contentaremos con dar de él una reseña muy ligera.

—Qué! ¿no seguis á los demas? pregunta Casio á Bruto.

—No, responde el último.

—Hacedme el gusto de venir, replica Casio.

—No soy amigo de estas fiestas, dice el otro.

No hay en mí aquella vivacidad de humor de Antonio. Mas, Casio, no quiero quitaros vuestro gusto: voy á dejaros al momento.

Casio. Bruto! hace tiempo que os observo: no veo en vuestros ojos aquella gentileza, aquella afabilidad y manifestacion de amor que acostumbrábais: os mostrais demasiado reservado y duro hácia un amigo que os ama.

Entonces Bruto manifiesta á Casio sus disgustos, sus inquietudes, sus temores, pero sin pasar mas

adelante. Los dos se muestran reservados, dando á entender que no quieren decir todo lo que sienten.

Mientras la conversacion, se oye un ruido de aclamaciones. «¿Qué significa este ruido?» dice Bruto. ¿Aclamarán tal vez por rey á César? «Qué, ¿lo temeis?» dice Casio. «En este caso veo bien que lo mirais con desagrado.»

Entonces Bruto manifiesta sus verdaderos sentimientos. Casio se aprovecha de su disposicion, pues como observará el lector, aquí el instigador, el verdadero sondeador es Casio.

Se repite la aclamacion, y la inquietud de Bruto va en aumento. «¿Qué habrá?» dice Bruto. «Cuando vuelvan, responde el otro, tiraremos del brazo á Casca que nos dirá lo que ha pasado.»

Era este Casca un senador, que bajo las apariencias de un bufon y de un truhan, ocultaba mas nobles sentimientos. Vuelve César á la escena y sigue de paso, no sin mirar de reojo á Casio y á Bruto, diciendo á Antonio que no le gustan hombres de color pálido y cara macilenta. Casca se detiene con los dos amigos y les cuenta lo que ha pasado: que el pueblo aclamó á César: que Antonio le ofreció una corona, tratando de ponérsela en la cabeza: que el dictador la rehusó, aunque con apariencias de fingida repugnancia: que el pueblo aclamó á César cuando le vió mostrarse contrario á la invitacion de Antonio, y que él se habia casi desmayado de despecho al verse contrariado en cierto modo en sus designios favoritos. Todo esto lo dice Casca en prosa y en estilo muy vulgar, como si fuera una conversacion de sobremesa. Los dos amigos le sondean, y él, aunque sin salir del tono de su conversacion, no disimula su conformidad de sentimientos.

La escena cambia á otra calle en medio de la noche y una gran tempestad. Se encuentran Casca y Ciceron, y se separan despues de una conversacion indiferente sobre lo furioso de la tempestad y lo que puede presagiar. Despues se encuentran Casca y Casio, y este último vuelve á sondear al primero acerca de sus intenciones. No es pequeña la astucia con que Casio le prepara y le hace al fin descubrirse sin rodeos. Entra despues Cinna, otro de los que despues se conjuraron. Los tres llegan á una franca manifestacion de sus ideas, y entonces Casio dice á Cinna: «Toma este papel y pónlo en la silla pretorial de Bruto; este otro, tíraselo á la ventana, y este pégale en la estatua del antiguo Bruto: despues nos juntaremos todos en el pórtico de Pompeyo.»

Esta conversacion, este lenguaje, esta familiaridad de estilo hubieran sido intolerables sobre la escena francesa en todo el siglo XVII y mas de las tres cuartas partes del XVIII. Nosotros ni reprobamos ni aplaudimos. Mas si el drama es lo que significa su nombre, una accion humana; la conversacion que acabamos de bosquejar se acerca mas al uso comun de la vida que esta dignidad de que otra escuela no quiere nunca despojar á ciertos personajes de la escena.

Con esto concluye el primer acto, que como se ve se compone de tres decoraciones ó sean cuadros.

El segundo comienza con el del jardin de Bruto donde se presenta ya muy pasada media noche. Dice á su criado que encienda una luz y se la lleve á su cuarto. Al volver éste le enseña un papel que encuentra en la ventana al buscar un *pedernal para echar lumbre*. Abre el papel Bruto y lee estas palabras: «¿Duermes, Bruto? despierta, hiere y desagravia:» en fin, las mismas palabras que se encuentran en Plutarco. Queda Bruto sumergido en sus reflexiones, y se resuelve entonces á dar el gran golpe que le tiene tan inquieto. Manda á su criado que vea en *el calendario* si el dia siguiente son los idus de marzo, y el criado responde que de dicho mes han pasado ya catorce dias.

Se oyen grandes golpes á la puerta; entran embozados Casio, Casca, Decio, Cinna, Metelo, Cimber y Trebonio que son los principales conjurados.

En otros autores dramáticos estas escenas son siempre de gran solemnidad, y de aparato. Por lo regular, habla el jefe principal de la conspiracion, pronunciando un gran discurso sobre los agravios que hay que reparar, las ofensas que vengar, etc. Los demas responden con el mismo tono, manifiestan una grande determinacion, todos se muestran entusiasmados por ser partícipes de una grande empresa. Por lo regular termina la escena con un juramento solemne con que todos se comprometen á morir ó llevar adelante sus resoluciones.

Shakspeare conduce este asunto de un modo mas sencillo. Como se supone que el jardin se halla casi á oscuras, Casio le presenta uno á uno á sus compañeros. Este es Trebonio, le dice, este es Casca, etc. Bruto los saluda con amistad, en seguida se hablan todos al oido, sin duda dándose parte de sus intentos, de sus sentimientos y sus resoluciones. Despues de un rato de esta especie de conferencia dice Bruto: «Dadme uno por uno vuestras manos» y ellos lo hacen al momento. «Juremos nuestra resolucion» repone Casio. «Nada de juramentos,» replica entonces Bruto. «Si el semblante de los hombres, el sufrimiento de nuestras almas y los abusos del tiempo son motivos débiles, separémonos y váyase á su cama cada uno: siga oprimiéndonos la tiranía. Mas si estas cosas llevan en sí bastante fuego para encender á cobardes, para armar de valor los blandos ánimos de las mujeres ¿qué necesitamos entonces, conciudadanos, de estímulo ni espuela? ¿No basta para instigarnos nuestra propia causa? ¿Qué otro compromiso que el del secreto necesitan romanos que han dado su palabra?»

Preguntan los otros si contarán con Ciceron. Responde Bruto que este hombre no toma nunca parte en cosas que no ha comenzado. Deliberan despues sobre si algun otro será sacrificado mas que César: si alcanzará su suerte á Antonio. Se opone Bruto diciendo que con una víctima basta: que son sacrificadores, mas no carniceros: que Antonio siendo solo un miembro de César, quedará nulo inmediatamente que perezca el cuerpo.

Se van los conjurados y entra Porcia, mujer de Bruto, quejándosele del secreto que abriga en su corazon y que no le participa. Se conmueve algun tanto Bruto, mas se muestra irresoluto en descubrirse. «Cuando tan reservado os mostrais conmigo, me teneis por concubina y no por vuestra esposa:» dice Porcia: «No! sois mi querida mujer» contesta Bruto, «tan querida para mi como la sangre que visita mi triste corazon!» «Si es cierto esto» replica Porcia «¿por qué no me descubres tu secreto? Mujer soy; pero mujer de Bruto: mujer soy; pero hija de Caton. Para daros una fuerte prueba de mi constancia me he hecho una herida en este muslo. ¿Podré sufrir con paciencia este dolor y no guardar los secretos de mi esposo?» Entonces Bruto se rinde y promete decírselo todo. Mas se interrumpe la conversacion con la llegada de otro personaje. No dejaremos esta escena sin observar que al preguntar un conjurado á otro qué hora podrá ser, oye el *reloj* que dá las tres.

La segunda escena es una habitacion del palacio del César. Se presenta de bata el dictador y en seguida su mujer, quien le disuade de presentarse en el Senado, por los terribles ensueños que ha tenido aquella noche. Se niega César y su mujer insiste. Mientras tanto entra un criado diciendo que los augures acaban de sacrificar una víctima donde no hallaron corazon, por lo que le aconsejan que no salga de su casa. Con esto vuelve á suplicar Carpurnia hasta que se ablanda César, diciéndole que no saldrá y que mandará á Marco Antonio á disculparle; mas cuando se halla en esta resolucion entra Decio, uno de los conjurados, que viene á buscarle. César le dice que salude á los senadores de su parte y les diga que no irá. «Decirles que no puedo, es falso: decirles que no me atrevo, es mas falso todavía: decidles simplemente que no voy:» «decid que está enfermo,» dice Carpurnia. «Enviará César á decir una mentira?» responde el dictador. «Habré extendido tan lejos mi brazo en las conquistas para no atreverme á decir la verdad á aquellos viejos? «Decid, Decio, que César no irá.»

Se sorprende Decio: pregunta la causa de la resolucion: se la explica el dictador, refiriéndole el ensueño de su esposa. Mas Decio tiene arte de explicárselo de una manera favorable. «Muy bien explicado, muy bien lo habeis interpretado» dijo César. «Y ademas, repuso el otro, ¿dejaréis de ir al Senado el mismo dia que se os está preparando una corona? Dareis lugar á que se cambien los ánimos? ¿No seria una especie de burla que los senadores dijesen: separémonos y aguardemos á que tenga en sueños mas favorables la mujer de César? No se dirian al oido que César tiene miedo?»

Entonces el dictador, como herido por esta observacion, echa en cara á Carpurnia la tontería de sus aprensiones: y dice á Decio que está avergonzado de haber cedido á ellas, y pide su toga para salir, como en efecto lo hace, seguido de otros conjurados mas, y de Antonio que entran á buscarle.

La tercera escena es una calle donde se presenta un tal Artemidoro leyendo un papel que quiere dar á César, y donde están escritos los nombres de los conjurados para que se precava en el senado. Inmediatamente se cambió la decoracion en otra calle en frente de la casa de Bruto. Entran en la escena Porcia acompañada de un criado que se dirige llena de agitacion al Senado y se encuentra con un astrólogo quien le dice que César ha salido ya de casa. Con esto se aumenta mucho la ansiedad de Porcia. Asi concluye el segundo acto compuesto de cuatro cuadros.

Se abre el tercero con el Capitolio y una calle que está en frente. Pasa César con su comitiva; y en la calle se encuentran el astrólogo y Artemidoro. «Los idus de marzo han llegado» dice César al primero. «Sí, César; pero no han concluido» responde el astrólogo. «Lee, César, esta cédula» le dice Artemidoro, al mismo tiempo que le presenta otro papel Décimo, uno de los conjurados. «Lee, César, el primero:» exclama Artemidoro, porque concierne á César de mas cerca. «Si es asunto mio particular, replica el dictador, lo dejaré para lo último.» Artemidoro insiste, mas César no le hace caso, y entra en el Capitolio con su comitiva. Los senadores se levantan.

Los conjurados hacen grupos, hablan entre sí y observan á César. Algunos se le acercan y le presentan memoriales ó súplicas, y entre ellos se halla Bruto quien le pide que se le levante el destierro é Publio Cimber: tambien le suplica lo mismo Casio. Les niega César su peticion con palabras fuertes, y como si fuera esta una señal para los conjurados se le acercan mas y Casca le da la primera puñalada. Todos le rodean y le imitan: Bruto es el último que hiere, y César dice: «*Et tu Brute*? Caiga entonces César,» y en seguida muere. Se sigue una escena de confusion, unos salen, otros entran. Casio y Bruto permanecen en la escena haciendo reflexiones sobre el acto. «Bañemos nuestros brazos hasta el codo con la sangre de César,» dice Bruto. «Digamos paz y libertad al pueblo.» Poco despues entra Antonio; le reciben bien Bruto y Casio. Tambien el privado del César los saluda afectuosamente sin echarles en cara lo que han hecho. Sus palabras son artificiosas. Habla del sentimiento que le causa la desgraciada suerte que tuvo el dictador; mas no afea el acto. Pide solo que le dejen arengar al pueblo con motivo de disponer sus funerales. Se lo concede Bruto; Casio le reprende su imprudencia por la impresion que va á hacer su discurso en los ánimos de la muchedumbre. «No importa,» dice Bruto, «hablaré yo el primero.»

Las dos arengas se realizan en el foro á donde se cambia la escena.

Sube Bruto á la tribuna y arenga al pueblo. Es singular que Shakspeare ponga su discurso en prosa lo que no acostumbra, tratándose de personajes de importancia. Mas sin duda trató de presentarle inferior en esta parte á Antonio, á quien hace hablar en verso.

El discurso de Bruto es sencillo y franco sin ninguna clase de artificios: habla al pueblo de patria y libertad, hace justicia á las grandes cualidades del César, mas le presenta como enemigo del pueblo romano. Dice que le amaba mucho; pero que ama á Roma mucho mas: que es preferible vivan libres por la muerte de César á la condicion de esclavos durante su existencia. «Era valiente y yo le amaba, pero era ambicioso y le dí muerte. Hay lágrimas para su amor, gozo para su fortuna, honor para su valor. Quién es aquí tan bajo que quisiera ser esclavo? Si le hay que hable, porque le he ofendido. Quién es tan rudo y grosero que no quisiera ser romano? Si hay alguno, que hable, porque le he ofendido. Quién es tan vil que no ame á su patria? Si hay alguno, que hable, porque le he ofendido: espero la respuesta.»

«Ninguno! Bruto» responde un ciudadano, y lo mismo repiten muchas voces. «Entonces no he ofendido á nadie,» dice Bruto: «no he hecho mas con César que lo que vosotros haríais con Bruto. No se le disminuye la gloria de que fué digno: no se recuerden

sus faltas, pues que por ellas sufrió muerte.» Mientras tanto entra Antonio y otros con el cadáver de César.

«Aquí llega su cadáver» continúa Bruto, «haciéndole el duelo Marco Antonio, quien á su muerte recibirá el beneficio de ocupar un puesto en la república. Con vosotros le dejo y me retiro: honrad el cadáver de César y acoged el discurso que sobre las glorias de César va á pronunciar Marco Antonio.» Se retira Bruto sin sospechar el uso que el otro va á hacer de este permiso.

Sube Marco Antonio á la tribuna y hace un discurso lleno de artificio en que sin vituperar directamente á Bruto, ensalza las virtudes y los méritos de César, á fin de hacerle odioso. «Vengo á hablar de los funerales del Cesar,» les dice «no de sus glorias. Bruto dice que fué un ambicioso; gran falta por cierto y que ha expiado demasiado duramente! Con su permiso, pues, y de los otros, porque Bruto es un hombre honrado (1) (asi como sus compañeros, todos honrados,) vengo á hablar de sus exequias. Fué mi amigo fiel y me hizo justicia; pero Bruto dice que fué ambicioso y Bruto es un hombre honrado. Muchos cautivos trajo á Roma cuyos rescates llenaron nuestros cofres: ¿fué en esto César ambicioso? ¿Lo fué cuando tomaba tanto interés por las miserias del pueblo? Es de una estofa mas dura la ambicion. Sin embargo dice Bruto que fué ambicioso y Bruto es un hombre honrado. No habeis visto en las Lupercales que le presenté tres veces una corona real y que otras tantas veces fué rehusada? Fué esto ambicion? Sin embargo, Bruto dice que fué ambicioso, y seguramente es un hombre honrado. No hablo para desaprobar lo que dijo Bruto, mas no puedo menos de hablar de lo que sé. Todos vosotros le amásteis y con razon ¿por qué motivo, pues, no os condoleis de su suerte? Han perdido los hombres su razon? Perdonadme: mi corazon está en aquel atahud, do yace César. Necesito hacer una pausa hasta que otra vez el corazon se vuelva al pecho.»

Durante esta pausa observa Antonio la profunda impresion que ha producido su discurso. Los ciudadanos discuten todavía sobre la justicia de la muerte de César, mas el mayor número propende á la aprobacion de lo que dijo Marco Antonio. Continúa éste su discurso: compara el poderío de César con la situacion de estar tendido cadáver sobre el suelo; pero, absteniéndose siempre de vituperar á Casio y Bruto á quienes siempre llama gente honrada. Les habla despues del testamento de César que encontró en su gabinete y les pide permiso para leerlo, pues está seguro de que besarian las heridas del dictador y mojarian sus pañuelos en su sangre sagrada, etc. Los ciudadanos dicen que lea el testamento, y Antonio para inflamar mas su curiosidad les dice que teme que con su lectura tal vez se vuelvan locos.

Los ciudadanos insisten en que lea el testamento. Antonio vuelve á replicar y expone su temor de que haga daño su lectura á Casio y Bruto que le han asesinado.

Con esto se impacienta mas el pueblo, prorumpiendo algunos en execraciones contra Bruto y Casio. «Me obligais á que lea el testamento?» replica Antonio, «pues bien; acercaos al cadáver de César y dejadme enseñaros al que hizo el testamento. Bajaré de la tribuna: me dais este permiso? bajaré de la tribuna?» «Sí, sí, responden todos: hagamos círculo al rededor del cadáver.» Baja Antonio y se acerca al cuerpo. «Si teneis lágrimas,» les dice, «preparaos ahora á derramarlas. No reconoceis todos este manto? Yo recuerdo que César se le puso por primera vez el dia que venció á los Nervios. Mirad! por este sitio entró la espada de Casio. Ved la abertura que hizo Casca. Aquí por esta parte, le apuñaló el muy querido Bruto. Contemplad los arroyos de sangre que salieron al retirar el asesino su maldito acero, como llenos de curiosidad y como para satisfacerse si era ó no Bruto el que tan fiero golpe descargaba; porque todos sabeis que Bruto fué el ángel de César. Juzgad ¡oh dioses! lo mucho que le amaba César. Fué la mas fiera la suya de todas las heridas, porque cuando vió su cuchillo el noble César, la ingratitud mas fuerte que el brazo del traidor, le venció completamente; entonces reventó su fuerte corazon y se cubrió la cara con el manto, cayendo al pié de la estátua de Pompeyo que quedó salpicada con su sangre. ¡Oh qué caida, mis conciudadanos! Caigamos tambien vosotros y yo, mientras dominan los traidores sanguinarios. Veo que llorais, que sentís los impulsos de la compasion. ¡Lágrimas preciosas! Mas vosotros, hombres generosos, ¿llorais cuando teneis delante de la vista cubiertas de sangre las vestiduras de nuestro César?»

El pueblo se conmueve; manifiesta sus sentimientos de amor, de compasion, de horror, de execracion hácia los asesinos Entonces Antonio fingiendo consideracion hácia ellos, diciéndoles que respeten sus motivos, inflama mas su cólera, añadiendo: «Siguiendo los meros impulsos de la generosidad, las piedras de Roma se alzarian en sedicion contra los perpetradores de aquel crimen.» Con esto el pueblo se enfurece, y entonces Antonio, para inflamar mas entusiasmo y para hacerles ver lo mucho que César merecia su amor, les vuelve á hablar del testamento.

«Habeis ya olvidado el testamento,» les dice. «Cierto es,» le responden algunos, mas leédnosle.

Entonces les dice lo que les deja á cada uno, que son setenta y cinco dracmas, que les deja sus paseos, sus arboledas privadas, sus huertos y jardines recien plantados, para que á ellos y sus herederos les sirva de placer y de recreo. «Era este un César, añade, cuándo vendrá otro?»

«Nunca, nunca,» responde el pueblo; con lo que se renueva su furor contra Bruto y Casio, quienes se salen de Roma por no ser víctimas de los furores de la muchedumbre.

Es imposible pronunciar un discurso con mas arte, ni de una manera mas propia para mover á un pueblo. Tambien es casi imposible hacer una pintura mas viva de la veleidad de los afectos de la muchedumbre. Sentimos habernos extendido tanto sobre esta escena, mas es de un gran interés y su representacion, de un efecto poderoso.

Voltaire termina su drama con la muerte de César. Su asunto es el mismo que el del autor inglés, mas conducido con aquella regularidad de formas que prescribian las reglas del teatro de su tiempo. La decoracion es la misma, es decir, un salon, debiendo indicar de paso que la observancia de esta regla de la unidad de lugar produce mas inverosimilitudes que cambiar de escena á cada paso. No se vé al principio al pueblo en ninguna de aquellas escenas que dé tanto efecto. En la de los conjurados se pronuncian los discursos de que hemos ya hablado: tambien hay otra anterior entre César y los mismos conjurados, en que estos le echan en cara su ambicion y él los trata con altivez y hasta con desprecio.

Para hacer mas resaltar la heroicidad de Bruto hace el autor que César le descubra el secreto de ser su hijo, de lo que no se hace mencion en Shakspeare. La muerte del dictador no se hace en el teatro, aunque viene á espirar al pie de la estatua de Pompeyo. Tambien arengan Bruto y Antonio: mas en el discurso del último no hay el artificio y aquella mezcla de amistad y de baldon hácia las personas de Bruto y Casio, y sobre todo aquella habilidad con que se van moviendo poco á poco los ánimos del pueblo hasta el punto de hacerlos prorumpir en sedicion abierta. En general se puede decir que el tono y colorido de ambas piezas es del todo diferente: que la francesa es un cuadro regular; pero descarnado y seco: que la pieza inglesa al contrario, en medio de sus irregularidades está llena de animacion y de interés, que es mas histórica, que si no se muestra fiel á las doctrinas de Aristóteles, manifiesta un conocimiento mas profundo del corazon humano, y es una pintura mas fiel de lo que pasa realmente en el mundo.

No se concluye aquí el drama inglés. El acto cuarto se abre en un cuarto de la casa de Marco Antonio, donde se ve á este con Octavio y Lépido repartiéndose el imperio romano y extendiendo las tablas y las proscripciones. La cosa es algo anticipada, pero Shakspeare no queria dejar nada por decir de lo que en su entender hallaba en Plutarco digno de atencion. En la segunda escena pasa el autor la accion á Macedonia, y la hubiera llevado hasta la China si lo hubiese creido necesario. En lo general estos dos actos no son de gran interés; mas hay en el cuarto una escena admirable entre Bruto y Casio, escena de cargos y reconvenciones mútuas en que resaltan la dignidad, el estoicismo, la firmeza y el ánimo inflexible de Bruto, y el genio ardiente y violento de su compañero. Tenia quejas el primero del segundo porque no le habia mandado unos dineros que necesitaba. Estaba resentido éste de aquel porque habia hablado con censura de sus exacciones en los pueblos de su mando. Las explicaciones son vivas, animadas, marcadas con el sello de la cólera.

«Permitidme que os diga, Casio, dice Bruto, que se os condena mucho por tener gran comezon en vuestra mano de dar por dinero cargos á quienes de ningun modo los merecen.»

Casio. Comezon yo en mi mano? Si no fuera Bruto el que esto dice, por los dioses que fuera su último discurso.

Bruto. Honra el nombre de Casio esta corrupcion y sin embargo, el castigo oculta todavía su cabeza.

Casio. Castigo?

Bruto. Acordaos de los idus de marzo. No derramó César su sangre por satisfacer á la justicia? ¿Qué villano tocó su cuerpo y le hirió sin estar animado de este sentimiento de justicia? ¿Contaminará sus dedos con bajos cohechos, uno de nosotros que hirió al primer hombre del mundo tan solo por sufrir ladrones? En cuanto á mi, quisiera mas ser un perro y ladrar á la luna, que semejante romano.

Casio. Bruto! no me ladreis: no lo sufriré: no lo sufriré: os olvidais, cuando asi me atormentais, de que soy un soldado, mas antiguo, de mas práctica, de mas habilidad que vos?

Bruto. No lo sois, Casio.

Casio. Lo soy.

Bruto. Digo que no lo sois.

Casio. No me estrecheis mas porque me olvidaré de mí mismo. Pensad en vuestra salud y no me tenteis mas.

Bruto. Quita allá, hombre ligero.

Casio. Es posible!

Bruto. Oidme, porque quiero hablaros. Debo yo ceder á vuestra cólera temeraria? Me espantaré porque un loco me mire con ojos extraviados?

Casio. Dioses! Dioses! Debo sufrir esto?

Bruto. Todo esto sí, y mucho mas. Agitaos hasta que se parta vuestro orgulloso corazon. Mostrad á vuestros esclavos lo colérico que sois, y que vuestros dependientes tiemblen. Qué consideracion tengo que teneros? Me humillaré á vuestro humor caprichoso? Por los dioses que digirireis el veneno de vuestro spleen, aunque os haga pedazos, porque por mí os aseguro que desde este dia me servireis de diversion y de risa cuando vuestro humor se parezca al de una abispa.

Casio. ¿He venido á esto?

Bruto. Decís que sois mejor soldado: dejadlo ver, realizad vuestra jactancia.

Casio. Me agraviais por todos estilos. Yo he dicho un soldado mas antiguo, no un mejor. ¿Dije yo mejor?

Bruto. Si lo dijisteis, no me importa.

Casio. Cuando vivia César, no se hubiese atrevido á tratarle de esta suerte.

Bruto. No os hubiéseis atrevido vos á provocarle.

Casio. ¿No me hubiese atrevido?

Bruto. No.

Casio. Cómo! ¿No me hubiese atrevido á provocarle?

Bruto. Por vuestra vida que no os hubiéseis atrevido.

Casio. Mucho presumís de mi amistad; tal vez haré lo que despues sienta.

Bruto. Ya habeis hecho lo que debia ser objeto de vuestro sentimiento. No hay para mi terror, Casio, en vuestras amenazas, porque estoy tan fuertemente armado con mi honradez que me pasan como el viento que no respeto. Os envié á pedir sumas que me habeis negado, porque yo no puedo adquirir dineros con medios viles, y por el cielo que primero acuñaria mi corazon y haria dracmas con las gotas de mi sangre, que arrancar de las duras manos del labrador y el artesano el fruto de su industria. Os envié á pedir dinero para pagar mis legiones, que me habeis negado. ¿Es obrar esto como un Casio? Hubiese yo respondido de esta suerte á Cayo Casio?

(1) Shakspeare usa la voz *honourable* que los franceses traducen por *honnorable*, como si dijésemos honrable, digno de honra, hombre de honor, etc. En nuestra lengua no está adoptada todavía esta palabra.

Casio. No os lo negué.

Bruto. Sí, vos me lo negásteis.

Casio. No tal. Sin duda un tonto fué el que os ha llevado mi respuesta. Bruto ha herido mi corazon. Un amigo debiera tolerar las faltas de sus amigos; pero Bruto hace las mias mayores de lo que son.

Bruto. No las censuro á menos que recaigan sobre mí.

Casio. No me amais.

Bruto. No me gustan vuestras faltas.

Casio. El ojo de un amigo nunca ve estas faltas.

Bruto. No las ve el de un lisonjero aunque sean tan abultadas como el alto Olimpo.

Casio. Ven, Antonio, y tú jóven Octavio: vengaos solamente de Casio porque Casio está cansado ya del mundo, aborrecido por uno á quien ama, arrostrado por su hermano; maltratado como un esclavo, observadas y notadas sus faltas para echármelas á mis barbas. Oh! si pudiera mi espíritu salir á fuera con mis lágrimas. Aquí está mi espada, aquí mi pecho desnudo y dentro un corazon mas caro que las minas de Pluto, mas rico que el oro. Si eres un romano, sácale fuera. Yo que te negué el dinero daré mi corazon: hiere como hiciste á César, porque sé que cuando mas le aborrecias le amabas aun mas de lo que hicistes nunca á Casio.

Bruto. Envainad vuestra daga: encolerizaos cuando querais, pues no le faltará un objeto, haced lo que querais. ¡Oh, Casio! Estais como un cordero que lleva cólera, como lleva fuego el pedernal que si golpeado despide una chispa rápida y que al tacto se queda siempre frio.

Casio. Ha vivido bastante Casio para ser solo blanco de buen humor y risa á su Bruto cuando está afligido con pesadumbres y destemplanza de su sangre.

Bruto. Cuando os hablé tambien me hallaba destemplado.

Casio. Bruto, lo confesais? Dadme vuestra mano.

Bruto. Y tambien mi corazon.

Reconciliados ya los dos amigos hablan de negocios; participa Bruto á Casio la muerte de su mujer Porcia que se tragó carbones encendidos. Intenta Casio consolarle, mas él elude la conversacion y habla de asuntos de la guerra. No olvidaremos que Bruto manda á su criado que le traiga vino y que bebe una copa cada uno. Conferencian ambos amigos sobre el plan de campaña y las exposiciones de la próxima batalla, en que Bruto muestra una superioridad de prudencia y luces á que cede Casio.

Los dos amigos se separan: queda Bruto solo en la tienda á donde su criado le lleva su bata, y se sienta sumido en sus meditaciones. Entonces se le aparece la sombra de César. «Quién eres?» pregunta Bruto. «Tu mal espíritu,» la sombra le responde. «A qué vienes?» repone el primero.

«A decirte que me verás en los campos de Filipos,» le responde el otro.

«Muy bien,» dice Bruto. «Nos veremos allí?» «Sí, en Filipos,» responde la sombra, y desaparece.

El quinto acto se consagra casi todo á la descripcion y representacion de la batalla de Filipos, pues Shakspeare hace muchas veces de la escena un campo de combate. Se sabe que Casio y Bruto murieron ambos en la accion, y el autor inglés se atiene fielmente en esa parte á lo indicado por la historia.

Tal es el bosquejo de una de las piezas de Shakspeare que ni pasa por la mejor ni aun está en el número de las mejores, mas que hemos elegido por las razones ya indicadas. Sentimos haber sido tal vez mas difusos de lo que convenia, y sobre todo haber imitado tan imperfectamente algunas frases que hemos tomado del autor; mas nos lisonjeamos que quizás bastarán para tomar un conocimiento del modo con que están sus dramas dispuestos, la manera y el estilo que en ellos reina de la mezcla de géneros y de tonos de la variedad de sentimientos que respiran, de la confusion en que está unido lo vulgar y lo sublime, lo elegante, lo natural y sencillo con figuras hinchadas de muy mal gusto. Mas, como hemos ya dicho, Shakspeare escribió como por inspiracion, como por instinto; sin consultar á nadie, sin beber en fuentes de buen gusto. Lo bueno, lo sublime, es propio suyo; lo malo de los tiempos que alcanzó, de su propia ignorancia, de falta de estudio, de buenas guias y modelos. Como se ha visto, el drama de Julio César tiene diez ú once cuadros en sus diversos actos cuya division es caprichosa y arbitraria, pues lo mismo pudieran ser tres que cinco, etc. Esta variedad de decoraciones, embarazosa en todos los teatros, se realiza en los de Lóndres con tal brevedad y rapidez, que no fatiga en nada al auditorio; dejándole el placer de la variedad que siempre agrada; asi son siempre las piezas de Shakspeare de muy grande efecto.

Era nuestra intencion pasar de Julio César á otras piezas del mismo autor, y de mas mérito, tan bien imitadas y traducidas como Hamleto, Otelo, Romeo y Julieta, etc., mas no contábamos con la falta de espacio que es una dificultad insuperable.

Evaristo San Miguel.

ESPATOLINO. (1)

XI.

Declinaba una de las mas apacibles tardes del melancólico otoño. Los últimos rayos del crepúsculo, que esparcian una tinta purpúrea en las undulantes nubes del ocaso, tornasolaban con los matices del ópalo las tranquilas aguas del lago de Nemi, y las frescas auras de la noche balanceaban murmurando las flotantes vides que decoraban sus pintorescas orillas. Espatolino y su esposa sentados en el hueco de una de las ventanas que daban sobre el lago, respiraban en silencio aquel ambiente saludable, que en los últimos dias de octubre consuela á los habitantes de las cercanías de Roma de la mortífera influencia del *aria cattiva*, que durante los meses de verano ocasiona tantos males en aquel pais (2).

Callaban, como hemos dicho, el bandolero y su mujer: ambos parecian profundamente preocupados. El semblante de Anunziata tenia una expresion indefinible de ansiedad, impaciencia y fatiga, y al observar la alteracion de sus facciones, su palidez enfermiza interrumpida á intervalos por una llamarada de fuego febril que encendia momentáneamente su cutis, y sus ojos hundidos animados por una dolorosa vivacidad, facil era conocer que su cuerpo y su espíritu padecian igualmente, y que uno y otro no estaban muy distantes de aquel momento supremo en que la calma del desaliento sucede á las devoradoras transiciones de una larga espectativa. Espatolino tenia fijas en ella sus miradas inquietas, y como un espejo de aumento reflejaba aquel rostro varonil, con un acrecentamiento de energía, las penosas sensaciones que se pintaban en la expresiva fisonomía de la jóven.

Rompió ella por último el largo silencio, y señalando con su mano trémula al astro diurno que iba á desaparecer, dijo con acento profundamente triste.—Otro ha pasado ya!—Sí, respondió Espatolino: otro dia de agonía para ti, esposa adorada! Tres has tenido de esta horrible inquietud, y te he visto padecer sin alcanzar un medio de consolarte.—Dios mio! exclamó ella cruzando sobre su pecho los brazos enflaquecidos. ¡Cuán cruel es Rótoli al guardar un silencio cien veces peor que la declaracion mas amarga! ¡Qué sentimiento tan insufrible es la incertidumbre! ¡Qué espantosa la expectativa! Estarse asi, parado, inmóvil, en aparente sosiego, mientras se nos viene acercando la sentencia de vida ó de muerte, y no poder apresurarla, ni adivinarla, ni huirla! Esto es peor que el infierno, Espatolino! El infierno no tiene un suplicio tan terrible como la duda!

—¿Por qué no has de ver en esa misma dilacion de Rótoli un motivo de esperanza? dijo el bandido. Si mi proposicion hubiese sido absolutamente desechada, qué le alentaria á aguardar aun?

—Y si alguna esperanza tuviese, respondió la jóven, por qué nos retardaria su participacion? El pobre Rótoli tiene un buen corazon, por mas que dudes de él, y erróneamente imaginando que nos haria mas desgraciados la certeza que el temor de una repulsa invencible por parte del gobierno, guarda este silencio que me asesina.

—Tus cavilaciones son tristes: ¿qué se han hecho aquellos faustos presentimientos de que me hablabas la noche primera de nuestra reunion? Por qué concibes ahora tan negras inquietudes habiendo alimentado entonces una confianza tan completa? Yo era dichoso escuchándote hacer aquella elocuente pintura de nuestra suerte venidera, y deseo que vuelvas á recrearme con ella. Pero ay! no te acuerdas ya del delicioso retiro que con tantos pormenores imaginabas y embellecias; de aquel rebaño de ovejas que tú misma apacentabas; de aquellos robustos búfalos que cargaba Pietro cada dia con el abundante producto de nuestras viñas; de aquel jardin coronado por un pintoresco palomar, en donde jugaba nuestro hijo revolcándose entre las flores, mientras los pichones ensayando sus primeros vuelos iban á posarse sobre sus hombros, acariciando con sus picos de marfil los dorados cabellos del inocente ángel. Encantadores cuadros, amada mia! Y luego aquella iglesia pintorescamente situada, en la que oíamos misa antes de emprender nuestras cotidianas faenas; y aquellas alamedas sombrías por donde paseábamos en las tardes del estío; y aquellas mañanas de primavera en que almorzábamos sobre la grama oyendo el ruido de las aguas y los cánticos de las aves; y las largas noches de invierno pasadas junto al fuego leyendo yo, cantando tú, ó contemplando ambos en silencio el apacible sueño de nuestro hijo, mientras la leña chirriaba, el viento azotaba los cristales de nuestras ventanas, y la nieve cubria con sus copos nuestro humilde techo. ¡Oh, esposa querida! Cuán dulce era tu voz, cuán elocuentes tus palabras cuando me hacias el hechicero retrato de aquella nuestra vida futura! ¿Por qué callas ahora? ¿Qué se han hecho las imágenes deliciosas que creaba tu imaginacion para seducir mi alma?

—No lo sé, respondió con desfallecida voz la sobrina de Angelo, pero no ha sido culpa mia su fuga. ¡Infeliz! ¿porqué me contaste tantas veces que un buho siniestro respondia á tus acentos, cuando me llamabas? porqué te he visto incrédulo y sombrío cuando te comunicaba mis halagüeños delirios, como si un espíritu infernal, posesionado de tu espíritu, le hubiese cerrado á toda emocion inocente y á toda esperanza lisonjera? Y bien! añadió estremeciéndose: la profunda desesperacion de tu alma se ha comunicado á la mia: escucha! yo tambien he tenido funestos agueros y presentimientos lúgubres. Anoche me dormí un momento... un solo momento, porque bien sabes que me ha abandonado el sueño: y en aquel breve instante tuve una angustiosa pesadilla. Soñé que te arrastraba á pesar tuyo hácia un horizonte azul, que se me presentaba en lontananza despejado y sin límites. Ven, te decia, ven que allí están el perdon, la virtud, la felicidad! Y continuaba andando y tú me seguias; pero tambien el pájaro funesto iba con nosotros, cerniéndose sobre nuestras cabezas, cobijándonos con sus alas, respondiéndonos con sus graznidos. Yo caminaba sin cesar, impaciente, presurosa, ávida... y el horizonte, cada vez mas próximo, en vez de aparecer mas claro se iba oscureciendo, estrechando! Bien pronto solo se presentó como una gran masa de vapores oscuros: luego me pareció que cobraba formas que iban por instantes distinguiéndose mejor. Yo corria llevándote de la mano, y el pájaro seguia tambien tenazmente sobre nuestras cabezas. La sombra de sus alas era tan fria que la frente de ambos iba cubriéndose de la rigidez y blancura del mármol, y la sentíamos pesada, muy pesada! Cada vez que aquel pájaro fatal batia las alas balanceándose en la atmósfera, nos salpicaba con un licor caliente que al caer en nuestras frentes se helaba con prontitud y colgaba en témpanos sobre nuestros ojos... mirélos y eran de sangre! Pero andábamos, andábamos sin parar... la vaga forma de aquella mole aérea era ya mas distinta! Tú temblaste: no temas, te dije, es el perdon, la virtud, la dicha!... el pájaro dejó oir un último y prolongado grito, y la masa de vapores nos presentó súbitamente una forma clara, pronunciada, horrible: el patíbulo!

Calló la jóven: su frente estaba humedecida por un sudor helado y sus labios trémulos habian per-

---

(1) Los tres últimos capítulos de esta novela se insertarán en los dos números próximos. *(N. de la R.)*

(2) El aire insalubre, llamado *aria cattiva*, comienza en Roma cuando el sol entra en el signo del Leon á fines del mes de julio, y concluye con las primeras lluvias del Otoño.

dido el color enteramente: su nariz apareció perfilada y casi trasparente, y una aureola de un azul violado se señaló con distincion al rededor de sus ojos, que se cerraron con desfallecimiento.

Espatolino, tan conmovido como ella, la ciñó con sus brazos estrechándola contra su seno.—Desecha tan pueriles supersticiones, ángel de mi vida, la dijo: débil, calenturienta, preocupada con pensamientos tristes, te rendiste un instante al sueño, y nada mas natural que esa pesadilla, que indica solo el estado lastimoso de tu salud y de tu espíritu. Tú que crees en una Providencia sabia y benéfica ¿cómo puedes abrigar las cavilaciones tenebrosas de un impío fatalismo? ¿No eres inocente y pura? ¿No he jurado abandonar la carrera del crímen? ¿No has implorado al Dios á quien adoras, y no es él la suma bondad y la omnipotencia infinita? Hija del cielo! deja á mi alma árida y descreida agitarse en el caos de la duda, y temblar por los absurdos delirios de la imaginacion: tú tienes un Dios! ¿por qué desconfias?

—Es verdad! dijo ella: Dios es tan piadoso que no puede ensordecer á los gemidos de mi corazon: Jesucristo derramó su sangre para lavar los pecados del mundo; y por culpable que seas tú tambien fuiste redimido: tú tambien tienes aquel augusto derecho al perdon, que legó con su muerte el Salvador á los hijos de Adan. Pero hay felicidades tan grandes que no pueden concederse al arrepentimiento mismo: solo la inocencia las alcanza.

—¡Y quién mas inocente que tú, ángel del paraiso! exclamó con pasion Espatolino. ¿Pesarán mas en la balanza de la justicia divina mis crímenes que tus virtudes?

—Si tu corazon estuviese verdaderamente convertido, dijo ella, yo desconfiaria menos de nuestra dicha. Si Dios leyendo en tu alma la encontrase llena de amor, de pesar y de arrepentimiento!... pero tus rodillas no se han doblado para adorarle: tus labios no se han abierto para bendecirle ni una vez siquiera. Por eso padezco! por eso dudo! por eso pierdo la esperanza! Espatolino! Dios es misericordioso, pero tambien es justo. ¿Pudiera perdonarte mientras tú le desconoces? ¿Pudiera llamarte mientras tú le huyes?

Espatolino inclinó la frente con aire pensativo.

—Prométele que serás bueno si te perdona, añadió ella; júrale con verdad y con amor que no volverás á apartarte de la senda de la virtud, y entonces podré esperar. Díle. Dios mio! creo en vos y en vos espero, y solo deseo vivir para reparar los errores de mi vida pasada; para expiar mis crímenes con la penitencia y ser un buen cristiano, un buen esposo y un buen padre!

—Sí! dijo el bandido levantando la cabeza. Juro todo eso, y creo en quien creas, y amo á quien ames, y espero en quien esperes. Sí! añadió poniéndose de rodillas, hay un Dios que te hizo tan hermosa y tan pura, y yo le adoro en su obra.

La puerta de la estancia se abrió en aquel momento y Pietro entró presuroso agitando un papel en la mano.—Albricias! exclamó corriendo hácia donde estaban los dos esposos: albricias, mi capitan! albricias mi capitana! Un mozo del *Paradiso* me ha entregado esta carta que acaba de llegar de Roma, y la letra del sobre es del Sr. Angelo: bien la conozco!

Anunziata se apodera con ansia del suspirado papel, pero un temblor convulsivo invade todos sus miembros, su vista se ofusca y se fija inútilmente en aquellas líneas de vida ó de muerte: no puede leerlas! las letras le parecen cubiertas de un velo espeso!—Luz! luz! exclama con agonía.—Pietro aproxima una bujía; pero los ojos de Anunziata no distinguen mejor los importantes caractéres que se afana por comprender. Siéntese trastornada, teme desmayarse, no puede reprimir aquella agitacion que la asesina, y sin embargo defiende con tenacidad el papel que quiere quitarla Espatolino.

—No! no! grita: y vuelve á acercarle á los ojos pasando por ellos su mano, como si creyese poder despejarlos del velo que los cubria. Su cuerpo está trémulo, sus facciones desencajadas, una indescribible ansiedad se retrata en ellas, mientras que su mirada, fija en el papel, parece devorarlo. Espatolino la contempla con no menor agitacion: sus ojos observan atentamente los de Anunziata: los latidos de su corazon se escuchan distintamente en aquel momento de angustioso silencio. A la ansiedad que revelaba el rostro de la jóven cuando se afanaba en balde por distinguir las letras de la carta, sucede la imovilidad de una atencion profunda: conoce Espatolino que ya ha pasado la ofuscacion de su vista: que ya lée! No respira, no hace un gesto, toda su alma está en sus ojos que recorren aquellas líneas. Espatolino no aparta de ella su mirada: lée en su fisonomía lo mismo que ella en la carta. Vé colorarse ligeramente su tez casi lívida; reanimarse el brillo de sus ojos; entreabrirse sus labios exhalando fuertes respiraciones, como un asfixiado cuyo pulmon comienza á dilatarse: luego todo su semblante se despeja, se ilumina, brilla con una inefable expresion, y cae de rodillas exclamando:—¡ya puedo morir!

—Y bien! y bien! dice con alterado acento Espatolino.

—Estás perdonado! responde ella, y pierde el sentido.

Por violentas que puedan ser las emociones de la alegría, es muy raro por desgracia, que causen la muerte. Cruel el destino hasta cuando halaga, avaro hasta cuando prodiga placeres, no renuncia al derecho de cobrarse con usura, ni nos permite salir del mundo cargados con la deuda del reconocimiento. Gran favor le deberiamos si hiciese la vida tan breve como la felicidad, ya que no es posible hacer la felicidad tan larga como la vida; pero, lo repetimos, rara vez llega la muerte en aquellos momentos supremos en que acabamos de gozar toda la plenitud de la vida, y cuando dilatándose y engrandeciéndose el alma, anhela por salirse del tiempo y lanzarse con todo su vigor á la eternidad.

El primer movimiento de Anunziata, al recobrar los sentidos, fué arrodillarse segunda vez para dar gracias al cielo por aquella inmensa felicidad. Su esposo la contemplaba en extremo conmovido.

—Póstrate! le dijo ella con acento dulcemente imperioso: humilla tu alma rebelde ante el Dios de las piedades! Estás perdonado!... ¿no lo has oido? Estás perdonado por los hombres, porque Dios ha hablado á sus corazones. Y qué! el tuyo solo desoirá su voz, cuando te llama, cuando te redime?

—No! exclamó el bandolero. Si la injusticia y el infortunio me hicieron desconocerle, no negaré á la clemencia y á la felicidad el poder de revelármele. Dios existe y tú eres el ángel de su misericordia, enviado á la tierra para salvar las almas extraviadas por la crueldad de los hombres.

—Póstrate! repitió ella con exaltacion: póstrate y llora, y ruega y bendice conmigo.

¡Oh poder milagroso del amor! el impío Espatolino se arrodilla junto á su amada: su frente rebelde se humilla confusa: sus labios blasfemos murmuran una oracion. La jóven esposa inclinada hacia él, puestas entrambas manos sobre sus espaldas, los ojos levantados al cielo con expresion sublime, la frente iluminada por el sentimiento de una alegría profunda, derrama abundantes lágrimas sobre la cabeza de aquel criminal querido. ¡Bautismo regenerador, que preside la luna con sus melancólicos fulgores, como si fuesen mensajeros del perdon celeste!

Ella se levanta luego pálida, sí, pero radiante, divina. Tenia en aquellos momentos una belleza sobrehumana.—Pietro, dijo, busca flores: las mas hermosas, las mas puras: quiero adornar con ellas el altar de la Madonna y que pasemos la noche rezando de rodillas delante de él.

Pietro salió dando saltos, batiendo las manos, y húmedas todavia sus mejillas con las lágrimas que le arrancára la escena de que habia sido testigo.

La jóven se acercó á un nicho cubierto por una cortina de tafetan verde: la descorrió dejando patente una pequeña, pero primorosa estátua de mármol blanco, que representaba á la Vírgen pisando la cabeza de un dragon. Encendió y puso sobre la meseta del altar algunas bujías, y postrándose en el pavimento dijo á su marido.—Ven; voy á leerte la carta bendita del generoso Angelo, aquí de hinojos ante la santa imágen de la madre del Redentor: escucháme como se escucha la absolucion de un ministro de Dios, levantando tus ojos y tu corazon á la efigie veneranda de la castísima Vírgen.

Obedeció el bandido con la docilidad de un niño, y ella leyó en alta voz aquella carta que el exceso de su regocijo le habia impedido terminar. Su voz era dulce, vibrante, impregnada, por decirlo así, de todos los sentimientos deliciosos que rebosaban en su alma. Espatolino la escuchaba atentamente y en actitud respetuosa. La carta estaba concebida en estos términos.

«Mucho siento, hija mia, haberte tenido tantas horas (que te habrán parecido siglos) sin noticias de nuestro asunto: pero no ha consistido en mí. La cosa presentaba grandes dificultades y he tenido que hacer uso de toda mi sagacidad, de toda mi pertinacia y de toda mi paciencia, para conseguir el hacerme escuchar; lo que no hubiera alcanzado sin embargo, sin el auxilio de un amigo que goza la mas justa consideracion. ¡Qué excelente caballero es el coronel Dainville! ¡Qué corazon has despreciado! Esa locura tienes que expiarla severamente, Anunziata! Qué felices hubiéramos sido todos, si en vez de encapricharte por... en fin, ya no hay remedio, y puesto que estás casada y que serás madre en breve, solo debo pensar en evitarte la desgracia y la vergüenza de ver perecer en un suplicio á tu marido, á quien he perdonado de todo corazon.»

«He trabajado mucho, mucho por conseguir su indulto; pero hasta este instante era dudoso el resultado, y por eso no quise darte una esperanza que pudiera salir fallida. Gracias á Dios y á los buenos oficios del señor Arturo de Dainville (á quien nunca podremos agradecer debidamente tantos favores inmerecidos,) acabo de saber con grandísima alegría que el gobierno se digna aceptar el arrepentimiento de tu esposo, y le promete solemnemente un generoso y completo indulto.»

Hasta aquí habia leido la primera vez Anunziata, y aquí volvió á interrumpirse para bendecir nuevamente al cielo. Luego continuó con voz conmovida, que fué embargándose mas y mas á medida que se acercaba á la conclusion del escrito.

«Sí, hija mia, Espatolino puede contar por seguro su perdon y se le permitirá, ademas, la tranquila posesion y el libre uso de sus riquezas, de las cuales nada debe ni quiere admitir el gobierno. Otra es la condicion que le impone: dura á la verdad, dolorosa, lo conozco, y temo que tu marido caiga en la tontería de rehusarla.»

—No! no! exclamó el bandolero: yo la acepto cualquiera que sea! Escríbeselo asi, Anunziata: díle que al instante la he aceptado: que quiero mi indulto, que quiero tu felicidad á cualquier precio. Bien conozco que debo sufrir algun castigo...¿Querrán cortarme las manos? estoy pronto! somos ricos: no las necesito. ¿Creen que deben dejarme ciego?.. ¡No poder verte! ¡No poder conocer las facciones de mi hijo!... es horrible; pero no importa: oiré tu voz y la suya que me repetirán: *somos felices*.

Anunziata que habia continuado en silencio su lectura mientras él hablaba, dejó caer súbitamente la carta, lanzando un grito penetrante y profundo. Espatolino comenzó á temblar y la preguntó azorado.

—¿Cuál es esa condicion terrible?... por que leo en tu rostro que es terrible! cuál es, díla! excepto la de separarme de ti ninguna pueden imponerme que no esté dispuesto á aceptar. Habla! ¿Qué exigen de mí?

—Oh! dijo ella con un rechinamiento de dientes que causaba frio: no la aceptarás, estoy segura! Somos perdidos, perdidos para siempre! No hay perdon, no hay felicidad!

—¡Habla! repitió el bandido con ahogada voz é imperioso acento. Habla, que me das la muerte! Qué exige de mi el gobierno?

—Que entregues á tus compañeros para que sirvan de escarmiento público, respondió desfallecida la joven.

Saltó Espatolino como si le hubiese picado una víbora: fué espantosa la expresion de su rostro en aquel momento, y nada nos parece comparable al ademan y al acento con que dijo.—La traicion... el perdon á precio de sangre!... mónstruos!

Arrancóse los cabellos con sus manos convulsas, rugió como un tigre en la agonía, y añadió con gesto amenazador y con acento terrible.—Guarden su infame dádiva! guárdenla como yo mi odio! Nada quiero ni de Dios ni de los hombres: soy el bandido! lo seré siempre! guerra eterna á la humanidad, y si fuese posible, guerra tambien al cielo!

—Ya lo sabia yo! articuló débilmente Anunziata. No dijo mas: una violenta convulsion la acometió al punto, y un velo cárdeno cubrió su semblante; espejo un momento antes de las mas vivas emociones é imágen entonces de la muerte.

Espatolino acudió á socorrerla; pero al verla creyó imposible remediar los funestos efectos de aquel último golpe, capaz de quebrantar el corazon mas fuerte, y apretándola entonces con una especie de frenesí contra su seno agitado:—muere! exclamó: muere, desventurada! el mundo no es digno de poseerte, y yo solo te he atraido para destrozarte el alma!

XII.

La convulsion y el síncope, que padeció sucesivamente Anunziata, fueron precursores de una fiebre violenta, que la rindió completamente cerca de las nueve de la noche. El letargo inseparable de aquel género de calentura, era interrumpido á intervalos por accesos de delirio: entonces hablaba de traiciones, de cadalsos, de lagos de sangre en que se sumergia. Rechazaba con esfuerzos vehementes no sé qué fantasma que, segun podia inferirse de sus inconexas palabras, se le presentaba amenazador y terrible. En algunos momentos parecia prestar la mayor atencion como si alguno le hablase en voz muy baja, ó se afanase por comprender el orígen de algun rumor vago que llegase á sus oidos; pero en seguida lanzaba estremeciéndose agudísimos gritos, y repetia despavorida:—Es él! es el mismo buho que graznaba sobre la cabeza de Espatolino!

Otras veces se figuraba estar en presencia de su tio, y le reconvenia por no querer salvar del patíbulo á su esposo, ó bien convirtiendo de súbito en el mismo rey á su imaginario interlocutor, le dirigia con patético acento las mas humildes súplicas implorándole á nombre de su hijo, cuya voz (decia) escuchaba resonar en sus entrañas.

La fiebre parecia cobrar mayor violencia por instantes: un ligero y lustroso sudor humedecia sus facciones desencajadas; su respiracion se hacia mas difícil progresivamente; su pulso era duro y desigual, y se quejaba de que le apretaban la cabeza con un círculo de hierro. Espatolino estaba desesperado. Quiso enviar á llamar con uno de los suyos algun médico del pueblo; pero *il Silenzioso* le advirtió que solo habia uno en la actualidad, y que se aseguraba generalmente que podian aplicársele aquellos versos.

Quando il becchin sentiva che chiamato
era il médico tal per una cura,
senza stare à informarsi del malato
facea la fossa per la sepoltura (1).

Pero conozco un hombre muy hábil, que aunque no esté recibido de médico pasa por profundamente instruido, y ha hecho curas maravillosas, añadió *il Silenzioso*. Vive á una milla de aquí, en el camino de la Riccia, en una casita aislada, pues es un sabio que solo se ocupa en el estudio de la física y de la astronomía. Mi hijo le conoce, y si el capitan lo permite saldrá al punto en su busca.

—Creeis que vendrá? preguntó Espatolino.

—Es un hombre muy filantrópico, y su mayor placer consiste en asistir á los enfermos.

—Pues bien, que parta al punto vuestro hijo, y en anticipada muestra de mi gratitud haced que le lleve este anillo de brillantes.

El Silencioso salió con prisa á cumplir aquella órden, y Espatolino se puso de rodillas á la cabecera de la enferma que entonces parecia aletargada. Contemplóla largo rato con dolorosa atencion: el rostro de la jóven se desfiguraba mas y mas; ligeros estremecimientos recorrian sus miembros rígidos; y aunque permanecia inmóvil notábase la opresion de su seno por la dificultad con que respiraba. Pietro creyéndola moribunda lloraba tendido junto á los pies de la cama: sus sollozos atormentaban de tal manera el corazon de Espatolino, sin ellos ya demasiado afligido, que le mandó salir de la estancia.

(1) *Sabiendo el sacristan que era llamado*
aquel sabio doctor para una cura,
sin preguntar quién fuese el desgraciado
se dabá prisa á abrir la sepultura.

Solo con su mujer abandonóse á toda la amargura de su dolor: lágrimas silenciosas corrieron entonces por sus mejillas, y sus manos apretadas contra su pecho señalaron en él sus uñas.—Anunziata! vida mia! la dijo: ¿qué sientes? ¿por qué no me diriges una palabra? ¿Ignoras que está aquí tu Espatolino?

Entreabrió ella sus ojos secos y ardientes, y los clavó en él, pero sin conocerle: murmuró en seguida algunas confusas frases, de las cuales solo estas entendió su esposo.—El perdon... si no morir!... vale mas morir que soportar esta existencia. El no quiere!... mi hijo está agonizando en mi seno, porque no quiere nacer para ser un ladron como su padre. Su padre ha declarado la guerra á Dios y á los hombres... Dios tiene un infierno, los hombres un patíbulo... mi hijo no quiere ni el infierno ni el patíbulo... quiere el perdon! el perdon es la vida!

—Oh! esto es demasiado! exclamó con desesperacion Espatolino. No hay crímen que no sea expiado por tan atroces padecimientos.—Yo pudiera darle la vida, añadió despues, pudiera darle la felicidad..... pero á qué precio! La traicion!..... no! nunca! nunca! prosiguió tendiendo las manos, como si rechazase á alguien. Déjame, demonio tentador!... que muera ella, que muera mi hijo! perezcan cien veces antes de que Espatolino rescate sus vidas á precio de una infame alevosía! Ellos!... mis compañeros! mis leales amigos! ellos infelices como yo! ellos, que darian su sangre por una gota de la mia!... Infamia! maldito sea el hombre infernal que osó proponérsela á Espatolino!

—Ese pájaro negro me está picoteando los ojos: murmuró con acento de dolor la enferma: está graznando en mis oidos... el frio de sus alas hiela mi frente... me pesa como si fuera de mármol... no puedo mas... esto es... la muerte!

Cerráronse nuevamente sus ojos y volvió á aletargarse. Espatolino apoyó la cabeza en el borde del lecho y apretó entrambas manos sobre sus labios, para ahogar los gemidos que pugnaban por salir de su angustiado pecho. El desgraciado padecia horriblemente.

Era la hora solemne de la media noche: la lámpara que ardia sobre una mesa estaba cubierta con una gasa oscura, al través de la cual derramaba en la estancia una claridad débil y fúnebre. Todo estaba en silencio: solo se oian la penosa respiracion de Aunziata y los desordenados latidos del corazon de Espatolino.

De repente aquella se estremece y exclama con acento profundo:—¡La traicion!... eso es horrible! Dios no quiere la traicion!

—Alma de mi vida! dijo Espatolino, tranquilízate: no existe la traicion cerca de ti.

—Ella va á estallar sobre tu cabeza! pronunció una voz clara y varonil, aunque modificada por la cautela.

Volvióse Espatolino y vió de pié á sus espaldas á un jóven robusto, de semblante expresivo y ojos perspicaces.

—*Gennaro Occhio linceo*! ¿qué has dicho?

—La verdad! Esa niña en su sueño, ó en su delirio, acaba de anunciártela tambien. La traicion vela junto á ti, Espatolino: ¡huye, ó estas perdido!

—La traicion! ¿quién? ¿cómo?... acaso Rótoli...

—No conozco ese nombre: pero los traidores están cerca de ti: bajo tu mismo techo.

—Bajo mi techo!... Cómo! El Silencioso!

—No; tus camaradas: tus súbditos: Roberto y sus compañeros!

—Mientes! gritó Espatolino poniéndose en pié con gesto amenazante.

—No hables tan alto, por amor á tu vida: he expuesto la mia por darte este aviso: he logrado con no pocos trabajos y astucias, escaparme de mi estancia sin ser visto y llegar hasta la tuya; pero desconfian y me acechan. Ambos estamos en este instante en inminente peligro y es preciso abreviar la conferencia.

—Estás loco, Gennaro! dijo Espatolino: has tenido alguna pesadilla.

—Bien larga, á fé mia, respondió *Occhio linceo* con amarga sonrisa; pues hace muchas horas que estoy padeciendo una penosa angustia, temeroso de no poder llegar hasta aqui sin ser notado, en cuyo caso estábamos perdidos.

Espatolino se aproximó mas á su interlocutor: una expresion indefinible se veia en su rostro y dijo: —El infierno entero se ha entrado en mi alma! Esplícate, Gennaro, porque creo que vá á estallar mi cabeza y quiero saber antes lo que significan tus palabras.

—No las has comprendido, *corpo di Dio*! Capitan! te repito que los momentos son preciosos y no hay que perderlos. Escucha! tus camaradas y los mios se han convenido en comprar su indulto á precio de tu cabeza. Muchos dias hace que el pérfido Giacomo se atrevió á hacernos tan odiosa proposicion; pero entonces fué desechada. Ya sabes que *Braccio di ferro* y cuatro de sus amigos, rehusaron obedecerte y fueron á reunirse con Lappo; pero ignoras que los mismos que cumplieron entonces tus mandatos participaban del descontento de los rebeldes. Cuando *Baleno* intentó expresarte, á nombre de todos, el disgusto con que veian la mudanza de tu carácter y le descuido con que ejercias tus funciones de capitan, tuviste la imprudencia de amenazarle...

—Su audacia merecia la muerte! dijo con sorda voz Espatolino.

—Y tu soberbia le pareció á él digna de su venganza, respondió *Occhio linceo*. Desde aquel momento fué tu enemigo, porque te hubiera creido justo si le mandabas ahorcar por la menor infraccion de la disciplina; pero te juzgó tirano cuando rehusaste escucharle como á un camarada celoso de tu gloria. Giacomo tuvo ya un auxiliar, y un auxiliar temible, porque *Baleno* goza de influencia entre los nuestros. El huracan que se formaba sobre tu cabeza estalló sordamente cuando nos mandaste correr las cercanías en busca de tu mujer, mientras que todos estaban impacientes por ir á la expedicion propuesta por ti mismo, y de la que se prometian tan considerables ventajas. Tu pérdida fué resuelta, y si volvieron aquí solo fué para asegurarla. Esta tarde nos hemos reunido los diez cerca de la *Madonna di Gallora* (1), para convenir definitivamente en los medios de librarnos de ti. Giacomo repitió su proposicion, porque anhela su indulto, y *Baleno*, que en otra ocasion la habia llamado infame, la apoyó ahora, porque quiere vengarse. Su dictámen conquistó el de otros cinco: solamente Roberto, *Irta Chioma* y yo, rechazamos la traicion: pero estábamos en minoría. Roberto cedió por fin: *Irta Chioma* resistió por mucho tiempo; pero notó señales de inteligencia entre los otros, temió que le asesinasen allí mismo, y como es un mozo que aunque sabe cumplir con su obligacion cuando llega el caso, no está dotado de una gran fortaleza de espíritu, se intimidó al ver que era el único que se oponia á una resolucion ya irrevocablemente tomada, y suscribió á todo obligándose con juramento. He dicho que *Irta Chioma* era el único que resistia, y de eso inferirás que yo, luego que me convencí de que era inútil trabajo el tratar de disuadir á aquellos malvados, fingí participar de su opinion y no hablé ni una palabra mas. Pero todos conocian mi adhesion á ti y lo mucho que te debo, capitan, y desconfiaron con razon de mi sinceridad: por eso me espian, y por eso solo á fuerza de sutileza y disimulo he podido burlar su vigilancia, y llegar hasta ti para advertirte lo que pasa.

—Esto es horrible! exclamó Espatolino: yo pierdo el juicio!

—Baja la voz en nombre del cielo! dijo *Occhio linceo*, y escúchame. Está decidido que al romper el alba parta *Baleno* á Roma: sabes bien que se publicó un bando en que se ofrecian por tu cabeza diez mil escudos, y ademas el perdon absoluto de los culpables si eran de los tuyos los que prestaban este servicio al gobierno. *Baleno*, fiado en este bando, vá á entablar las negociaciones, ofreciendo tu vida por el indulto suyo y de los otros nueve.

Espatolino cayó en tierra como si todos los músculos de su cuerpo se hubiesen quebrantado.—*Traditori*! fue todo lo que pudo decir.

—Aun contando con el hijo del Silencioso, prosiguió Gennaro, pues el padre es un viejo que no sirve para maldita la cosa, y con Pietro, que es un gallina que no sabe disparar un fusil, solo somos cuatro y

(1) La *Madonna di Gallora* es una iglesita aislada á media milla de Gensano.

ellos nueve: seria por lo tanto una locura el pensar en acometerles durante esta noche, en que sin duda no dormirán muy tranquilos. Lo mas seguro es que aproveches estas horas para salir furtivamente con tu mujer y con Pietro, y que andeis de prisa hasta llegar á un paraje que os parezca seguro. Yo, si me necesitas, no tengo reparo en acompañarte; pero como estoy espiado pudiera comprometer tu fuga, y quedándome aquí algunas horas mas facilitaria los medios de escaparme, antes que se advirtiese tu ausencia, y correria á buscar á Estéfano y á Lappo, que no dudo se conserven leales, para que acudiesen con su gente al sitio que escojas para tu retiro.

—*Traditori*! volvió á gritar Espatolino, rugiendo como un leon herido.

—No es tiempo de hacer lamentaciones, dijo Gennaro, sino de huir: acuérdate que al rayar el alba partirá *Baleno* á Roma; que su proposicion será aceptada, y que Roma solo dista de aquí seis leguas: es decir, que mañana por la noche ya puedes haber entablado conocimiento con los gendarmes, y algunos dias despues con el verdugo. Yo no puedo detenerme mas: adios! dispon tu fuga y buen viaje.

—Aguarda! dijo levantándose Espatolino. Mira: mi mujer está agonizando: es imposible la fuga. ¡Oh, ingratos, traidores! añadió golpeándose la frente con sus puños: yo la dejaba morir... ¡á ella!.... la dejaba morir cuando ellos me vendian!

—Y bien! ¿qué piensas hacer? preguntó impaciente *Occhio linceo*. Pero silencio!... he sentido rumor!.... *Sangue dell'ostia*! estamos descubiertos! ¡somos perdidos!

—No hay cuidado, respondió una voz sumisa: soy yo Pietro, y el pobre Rotolini, que no sabe qué hacerse sin la capitana, que le tiene acostumbrado á dormir á sus pies.

—Calla, pues, y retírate, dijo brúscamente Espatolino: ¡desgraciado de ti si ocasionas el rumor de una mosca que vuele!

—No hay cuidado, repuso Pietro saliendo de puntillas: Rotolini y yo callaremos como dos cadáveres.

Espatolino se acercó á Gennaro, y asiéndole del brazo derecho con su mano férrea, le dijo en voz muy baja y profundamente rencorosa.—No puedo partir, pero quedándome aquí puedo salvarme y vengarme!

—No te entiendo, respondió encogiéndose de hombros *Occhio linceo*.

—Escucha: me has dado una prueba de lealtad, y tengo muchas de tu valor. Sé que tu ojo es certero y tu mano segura.

—Ya lo creo!... por vida de Júpiter! me llaman *Occhio linceo*.

—*Baleno* saldrá para Roma dentro de algunas horas.

—Ya son las dos ó cerca de ellas: á las cinco poco mas ó menos se pondrá en camino, y como llevará un caballo de los mejores, bien se puede asegurar que estará en Roma á las nueve.

—Ese viaje es muy corto, dijo con sombrío acento Espatolino.

—Ya lo conozco; pero qué hemos de hacer!

—Obligarle á emprender otro mas largo.

—Adonde diablos? ¿ni cómo hemos de poder obligarle á...

—Te llaman *Occhio linceo*: tu ojo es certero y tu mano segura: el camino de Gensano á Roma es á trechos, por lo menos, bastante solitario.

—¡Voto á sanes, que hasta ahora no te habia entendido!

—Pero ya me entiendes! Y bien! ¿quieres hacer á tu capitan este último servicio?

—Y diez mas, *corpo della Madonna*! Pero qué conseguirás con eso? cuando vean que no vuelve *Baleno* mandarán á otro, y... á menos que creas posible irlos despachando de igual modo uno á uno... pero eso es dificil, porque sospecharán y...

—No! me basta con *Baleno*: si se logra que no llegue á Roma, al otro dia nada tendré que temer: estaré salvo y vengado!

—Eres muy sábio, capitan, y no dudo que será como dices. ¡Dios lo quiera! Con que yo solo tengo que hacer...

—Que *Baleno* emprenda un viaje mas largo.

—No volverá de él, te lo juro! Pero luego ¿qué haré?

—Ponerte en salvo, y procurar ser dichoso, dijo Espatolino con voz conmovida.

—No volveremos á vernos? ¿no me citas á algun paraje?

—No, amigo mio! olvídame, y pues eres rico, sal de Italia y proporciónate una existencia tranquila en cualquier pais extranjero.

—La tranquilidad no me parece gran cosa, que digamos; porque fuí soldado en otro tiempo, y á no ser por un bofeton inmerecido que me dió mi teniente... el hombre no siempre es dueño de sí mismo: aquella afrenta me causó un coraje... tenia el sable al lado, y no sé cómo diablos me lo encontré en la mano. ¡Dios haya perdonado al bruto del oficial! Buen bofeton me dió, y tristes consecuencias ha tenido. Desde entonces soy bandolero!

—Si dejas de serlo, repuso con alterada voz el capitan, si te cansas de una profesion sangrienta, procura noticias de Espatolino: será entonces un laborioso labrador, oscuro, pero dichoso: poseedor de una mujer angélica, y de uno ó mas hijos preciosos. Su puerta siempre estará abierta para tí: su corazon tambien... ah! su corazon está despedazado, es verdad! pero he conocido un hombre leal: tú! dos mujeres santas: mi madre y mi esposa! por eso no te digo que la humanidad es perversa, aunque *ellos* tambien hayan sido infames y traidores: *ellos* que eran mi última fé!

—Que Dios los castigue! dijo *Occhio linceo*.

—Y yo! añadió Espatolino volviendo á recobrar su gesto y su tono amenazador y lúgubre.

—Así sea, capitan: bien merecido lo tienen.

—Cuándo partirás?

—Si lo veo posible ahora mismo: sino algunos minutos antes que él: diré que tengo un cólico, y que voy á consultar á un médico de Gensano: acaso creerán que trato de escaparme, pero no importa: no sospecharán la verdad y eso basta. Pero si por desgracia llegasen á sospechar y me impidiesen salir...

—En ese caso no hay otro remedio que morir matando, respondió Espatolino.

—Entendido, capitan. Que la santa Madonna nos asista.

—Adios, Gennaro, recibe un abrazo de tu amigo.

Los dos bandidos se abrazaron estrechamente y se separaron: el uno volvió cautelosamente á su habitacion, el otro á la cabecera de su esposa, á la que halló bañada en sudor.

—Dios sea loado! exclamó: era la primera vez en veinte años que aquellas palabras salian de su boca. Este sudor indica una crisis: el pulso está mejor... la respiracion mas libre.

—Quién habla? preguntó ella con voz lánguida.

—Yo! tu esposo!

—He tenido un sueño espantoso... soñé que.... no me acuerdo! pero tengo ideas confusas... sí! te habia perdonado el rey, pero luego retiró su palabra, y dijo.... que te matasen, ó que matases tú á tus compañeros! no dejó otra alternativa el cruel!... Todo eso ha sido un sueño ¿no es verdad?

—No todo, amor mio. Tenemos esperanzas del perdon.

—¡Las tenemos!

—Sí.

—Me lo juras, Espatolino?

—Te lo juro por Dios, en quien ya creo como tú.

—Crees en Dios!... ah! ¿será que estoy soñando todavía? ¡que no despierte jamás! que muera soñando!

—No morirás, no! Vivirás para mí, para nuestro hijo: seremos buenos, felices!

—No me engañes! mira que he padecido mucho, y siento un trastorno!... ¿estaré loca, Espatolino?

—No, ángel del cielo! Tranquilízate: descansa: procura cobrar fuerzas para la dicha.

—La dicha! sí!... tienes razon: yo necesito la dicha!

Murmuró aun algunas palabras que no pudieron entenderse, y se quedó dormida.

Espatolino velaba su sueño besando sus cabellos esparcidos sobre la almohada; pero cualquiera que le hubiese observado habria conocido que á pesar de la dicha que era para él contemplar el alivio de su esposa, un dolor profundo desgarraba su corazon, y escucharia salir de su boca contraida esta frecuente exclamacion: *Traditori*!

Hácia las cuatro de la madrugada oyóse el ruido de las pisadas de un caballo.—Vuelve el hijo del Silencioso que fue á buscar al médico? preguntó Espatolino á Pietro, que habia vuelto á situarse á los pies del lecho de la enferma.

El mancebo abrió un balcon cautelosamente y observó por él. Luego volvió de puntillas y dijo muy bajito.—Es *Occhio linceo* que se marcha: lo he conocido, á pesar de que aun es de noche.

—Bien! dijo Espatolino: llama al Silencioso, pues tiene que llevar una carta á Roma apenas despunte el dia. Díle que quiero traer para la asistencia de mi esposa un famoso médico residente en aquella córte: entiendes? el médico se llama Angelo Rótoli.

—Angelo Rótoli!

—¡Silencio, y obedece!

El mozo salió, y Espatolino escribió sobre sus rodillas este billete.

«He leido vuestra carta á mi esposa y os creo sincero. En este concepto quiero conferenciar con vos sin testigos, y os espero solo junto á las ruinas de las tumbas que están á la derecha en la vereda del camino que conduce á Roma, á tres millas y media de Gensano. Mañana martes á las siete de la noche estaré allí.=*Espatolino*.»

G. G. DE AVELLANEDA.

(*Se continuará*.)

POESÍA.

PRIMERA MESENIA DE TIRTEO.

Al frente de todos caër el primero
Dejando á la patria su aliento postrero,
No hay nada mas bello teniendo valor.
No hay pena mas fiera que errar mendigando,
Los campos fecundos, la villa dejando,
Del padre y la madre cediendo al clamor!

El débil que á triste pobreza se humilla
La frente se cubre de afrenta y mancilla:
Al verle las gentes la espalda le dan.
Su raza deshonra, desmiente su cuna,
Tan solo le sigue vergüenza importuna,
Y acaba en olvido su mísero afan!

Luchemos valientes, mancebos lozanos,
Por nuestros hogares, por nuestros hermanos,
Por hijos y esposas, armada la sien:
Salvar no queramos cobardes la vida;
Luchemos en hueste tremenda y unida,
Juntemos escudos y cuerpos tambien!

No sienta ninguno temblar la rodilla,
Ni ponga el espanto su tez amarilla:
Ninguno á la huida se apreste servil.
Magnánimo esfuerzo los pechos aliente;
Quien muelles é indignos afectos no siente
No muestra al contrario pavura pueril!

¿Quién huye, soltando la espada sus manos,
Dejando á los flacos guerreros ancianos
La furia del choque feroz sostener?
Es mengua que al viejo sin fuerzas el mozo
Que aun tiene en el rostro los fuegos del bozo
Consienta en las filas primeras caer!

Es mengua en los mozos que muera por ellos
Quien tiene ya blancos la barba y cabellos;
Que ruede cubierto de sangre y sudor
Mordiendo la tierra, la vida exhalando,
Sus manos temblosas en vano tapando
Su cuerpo desnudo con pena y rubor!

Y ¿quién esa infamia contempla ó escucha?..
Mas cumple que arriesgue la vida en la lucha
Tan solo á la heróica viril juventud;
En tanto que duran los años mejores
Y ciñen sus sienes el mirto y las flores,
Y el pecho le inflaman amor y virtud!

Admiran amantes las tiernas doncellas
Al jóven hermoso que lidia por ellas
Y al frente de todos con ánimo ven!
Y no es menos bello cayendo cual fuerte,
Nublando sus ojos la cárdena muerte,
Al frente de todos herido en la sien!

PEDRO DE MADRAZO.

Ermita de S. Antonio de la Florida.

LAS VERBENAS.

Tengo acá mis dudas, pero casi estoy convencido de que este asunto debe escribirse en verso. Sin embargo, soy algo dado á la discusion, y me gusta consultarlo todo con mis lectores; al cabo y al fin entre ellos y yo ha de quedar la cosa, con que seria excusado que por un negocio de familia alborotásemos la vecindad. Demasiado se desvelan los hijos de Madrid en las noches del 12, 23 y 28 de junio, y aun en las del 15 y 24 de julio con sus verbenas, para que vayamos por una cosa tan trivial á no dejarlos dormir. Verdad es que esta consulta que quiero hacer al lector, y las que se hacen á la opinion pública en los gobiernos absolutos, se parecen tanto entre sí como una gota de agua á otra (ambas en estado líquido), y como el preámbulo de este artículo á varios otros preámbulos de varios otros artículos que tengo escritos en varios otros momentos de mi poco variada pluma; y esta constancia forma el orgullo de mi vida.

De gustos y constancias
no hay nada escrito;
por si Vds. lo ignoran
se lo repito.
Y alza, Marica,
que cada cual... (¿estamos?)
donde le pica.

Demasiado sé yo que no hay tiempo para poner á votacion la pregunta; ojalá le hubiera, que á las suscritoras por ejemplo, las habia yo de consultar una por una... Bonito (1) soy yo para perder esa ocasion de andar con el bello sexo á bolas negras y blancas! En cuyo caso, y lo digo para que no se dude de mis simpatías, las bolas negras indicarian verso, las blancas prosa. Y no porque yo no sea poeta me vayan Vds. á aplicar la fábula de la Zorra, que no raya tan alto mi orgullo.

Pero figúrome que ha habido votacion y empate, y decido que este artículo se escriba en *variedad de prosas*; siendo de cuenta y riesgo de mis malos versos probar á Vds. que eso es mas fácil de lo que á primera vista parece.

Buenos serán los versos,
buena la prosa,
pero el género misto
ya es otra cosa.
Y ahora, señores,
me voy á la verbena
con mil amores.

Despues de la romería de S. Isidro, la primer fiesta que huele á romero es la de S. Antonio de Padua; asi como la primer verbena que huele á albahaca es la de S. Juan, y la última la de Santiago. La noche del 12 de junio lucha con las reminiscencias del 15 de mayo, y con los preparativos del dia de S. Juan, como la sociedad moderna de España pelea con sus antiguas costumbres, y ansia á tontas y locas las tonterías traspirenaicas del siglo actual. Este color indefinible que maldita la gracia tiene, coloca la fiesta de S. Antonio en un rango excepcional, que ni pertenece marcadamente á la romería ni á la verbena, aunque participa de ambos géneros de diversion ó de pasatiempo; que en esto de divertirse mucho hay que decir, y cada persona se suele divertir á su modo.

Los amantes de toros
con el encierro;
mi amigo... (el nombre callo)
con un entierro.
Pues hay de todo,
yo haciendo seguidillas
gozo á mi modo.

La capilla de S. Antonio es parroquia del rio, y está situada á la orilla izquierda del Manzanares; se fundó en 1720, se reedificó en 1770, y se construyó de nuevo en 1792 por el arquitecto Fontana; el célebre Goya pintó los frescos de la cúpula, y la iglesia tiene una forma lindísima; la efigie del santo que hay hoy es de Ginés; la que habia antiguamente era obra de otro escultor cuyo nombre callamos, porque al hijo de su delicado cincel le dieron un destino poco decoroso por cierto.

Al S. Antonio antiguo
¡quién lo dijera!
le llevaron de un coche
á la trasera.
Y esto es tan cierto,
como el fraile que le hizo
dicen que ha muerto.

Pero vive Dios que esta seguidilla necesita una explicacion en prosa y allá vá:—«Si habla Vd. de *San Antonio de la Florida*, me dijo hace dias un cronicon ambulante, no se olvide de decir, que el Santo que habia en la capilla primitiva, se llevó á la parroquia de San Márcos, y habiendole reclamado los frailes de S. Martin, el teniente cura se metió en el coche que le dieron para conducir el S. Antonio que ató á la trasera.»

Y es el caso, señores,
que á esa capilla
vá el 12 por la tarde,
toda la Villa.
Porque la gente
vá, como Vds. saben,
con la corriente.

El paseo de árboles que conduce á S. Antonio de la Florida, es hermoso y fué un tiempo tan concurrido como hoy es el Prado. Llénase de gente la víspera del santo á las cuatro de la tarde á pesar de los 30 grados que marca el termómetro de Reaumur, y del sofocante polvo que levantan los carruajes que se dirigen á la capilla, ó de los que van á la *Puerta de Hierro* para tomar los caminos de Extremadura y Castilla. El paseo cruza por delante de la iglesia, teniendo los frondosos árboles que en dos limpias hileras le guarnecen las orillas, el respeto religioso ó arquitectónico mas bien, de abrirse en dos semicírculos para formar una pradera ó un ensanche delante de la capilla, donde se reproduce en pequeño, pero con alguna mas poesía, la fiesta de S. Isidro que describimos dias pasados. La verbena empieza al anochecer, y aunque suele ser diversion exclusiva de la gente del bronce, las almas delicadas y tiernas pueden asistir á ella, seguros que no han de echar de menos, ni el bellísimo canto del grillo, ni el agradable quejido de la rana, ni los salutíferos vapores del Manzanares; pues por mas que digan de sus arenas y sus puentes de piedra, yo creo que es rio, por estas dos razones:

Los que á orillas de él viven,
cogen tercianas;
y que tiene agua es cierto
pues cria ranas.
Y aqui *no hay tio*
á quien pueda decirse
pásame el rio.

A la mañana siguiente sirve de paseo, y de pretesto para madrugar á la clase media de Madrid, que va allí á tomar leche y bollos, ó á ver tomar lo uno y lo otro, segun *esté* ó no en *fondos*. La fiesta dura todo el dia 13 de junio, pero cesan las hostilidades, esto es, se suspende el paseo, desde que el sol suspende legítima y perpendicularmente sus hermosísimos rayos sobre las cabezas de las jóvenes que desesperadas de no encontrar novio por los medios *naturales*, (1) acuden á los milagrosos. Y me explicaré, porque temo que el lector se quede en ayunas; y eso seria tanto mas sensible cuanto que á mi me bautizó S. Antonio en comision, y yo no doy como darian mis abuelos bizcochos el dia de mi santo, pero no consentiré mientras me llame Antonio que se queden *in albis* mis lectores, por letras mas ó menos, el dia 13 de junio. Digo que las feas acuden á S. Antonio, desengañadas de que en el mundo, donde se da gato por liebre, no están en circulacion las chatas ni las tiernas de ojos, salva por fortuna de esa miserable fraccion del sexo femenino, algun capricho-aberracion de los muchos que padecen los hombres, y hay autores que los colocan en la clase de los suicidios.

Nacen del que escarmienta
los avisados,
y es patron S. Antonio
de enamorados.
De esto que os digo,
cada fea casada
es un testigo.

El santo, segun dice la historia, era muy feo, y nada tendria de particular que ahora que se ha visto en posicion hiciese algo por el gremio; aunque bien pudiera

(1) Los cajistas han tomado la palabra *bonito* como suena, y... ya se ve, como me conocen de vista, y... les parezco *fe...feo* con todas sus letras, me han hecho una interpelacion algo seria; pero yo me he dado hoy al despotismo *ilustrado* (con láminas, porque el tal gobierno no admite otra ilustracion), y no hago caso. Quieren que *conste en el acta*, pero eso huele á prácticas parlamentarias, y no puede ser; constará en una nota, y gracias.

(1) Sin que yo crea que hay *naturalidad* en la coqueteria, incluyo los coqueteos en los medios ordinarios de *llamar parroquianos*.

tomar otra medida mas radical, puesto que á lo que parece está en su mano. Yo no haria lo que nuestros políticos han hecho con las comunidades religiosas; nada de perseguir y maltratar lo que hoy existe sino procurar que no exista cosa por el estilo mañana. Yo daria un decreto, bajo pena de infanticidio, prohibiendo que naciesen mujeres feas en lo sucesivo; pero respetaria (de lejos si era posible) las que hoy viven para tormento de la sociedad y lastre perpétuo de toda clase de diversiones; porque nadie cree de mejor fé en el *audaces fortuna jubat*, que las feas. Y como decia á Vds. todas ellas se arreglan con el santo bendito para buscar amantes.

La muchacha que es fea
como el demonio,
el *responsorio* reza
de S. Antonio.
Y un novio anhela
que cubra los estragos
de la viruela.

San Juan, S. Pedro, Santiago y la vírgen del Cármen no son casamenteros, ó por lo menos no ejercen su profesion á cartas vistas; pero tienen sus verbenas con mas lujo por cierto que S. Antonio. Reciben á primera hora en la Plaza Mayor entre los tiestos de albahaca y los canastillos de flores, y en la alta noche en el salon del Prado, á donde antiguamente asistia mucha gente, hoy dia unos cuantos, y dentro de algunos años nadie; porque todo se reduce á no dormir, á pasear á la luna y á respirar en una atmósfera de aceite quemado que quita la gana de comer buñuelos. Pronosticamos tan tristemente de las verbenas porque no sabemos de ninguno que haya quedado con ánimo de correr ese bromazo dos años seguidos, y como todos van una vez por curiosidad, estamos seguros de que algun dia se han de acabar los curiosos, de una generacion al menos.

Mas no niego por eso
que haya verbenas
medianas, regulares,
malas y buenas.
Como hay autores
que hacen punto y se llaman

ANTONIO FLORES.

BELLAS ARTES.

Su estado actual en la capital de España --Pintura: exposicion del Liceo.

ARTICULO SEGUNDO.

Al hablar de la pintura religiosa en el anterior artículo, indiqué que su primera condicion era sacrificar al pensamiento el naturalismo, para que sus creaciones estén fuera del contacto de la vida material, y eleven el alma á la contemplacion de cosas mas sublimes que las de la tierra. Este es el precepto en el género místico; esta la regla que la razon imperiosamente exige, y que la tradicion del arte cristiano confirma. Pero la epopeya sagrada exige mas todavía; no hay para ella cánones ni tradiciones que faciliten su desempeño: todo en ella debe revelar la mayor belleza posible de forma y de pensamiento. La epopeya en todas las artes, ya sea sagrada ó profana, debe ofrecer al hombre lo que la historia le rehusa, y contentar su anhelo ya de una manera ya de otra, con ideadas maravillas á falta de maravillosas realidades. Que no sin razon parece tener la epopeya un orígen divino, puesto que arrebatando el alma de la cárcel de la tierra, la eleva y la transporta á mas altas regiones, acomodando las cosas á nuestros deseos, en vez de someter el alma á las cosas, como lo hacen las ciencias naturales y la historia.

El hombre anhela grandeza, brillo, órden y armonia en los objetos, en los hechos, en todas las cosas. —Todas estas cualidades corresponden á la *belleza moral* que divisa la criatura por entre la espesa corteza de la materia, y con ellas la reviste en sus obras, cuando alzado en alas de su genio se manifiesta verdadero *Dios-caido*, animado de un espíritu inmortal. Ante la *belleza moral* que tiene su principio en la *belleza infinita* (Dios), rindieron su culto los grandes artistas de la edad moderna, y por medio de lo *bello* procuraron lo *bueno*, que es el objeto final del arte en la sociedad cristiana.—Todas las grandes páginas del genio, el juicio final de Miguel Angel, la divina comedia del Dante, los frescos de Rafael en el Vaticano, la Jerusalen del Tasso, el Paraiso perdido de Milton, están llenas de esa *belleza moral* tan fecunda en enseñanzas, tan eminentemente civilizadora, tan cumplidamente análoga al verdadero destino de la humanidad en el mundo.

Ningun cuadro de epopeya sagrada ó profana se ha presentado este año en los salones del Liceo.—¡Qué mucho si no han mandado á dicha exposicion ninguna de sus obras los pocos pintores que en España son capaces de cultivar tan elevado género! Hay en los estudios de algunos de nuestros artistas grandes creaciones comenzadas, grandes concepciones ya enteramente terminadas, de historia profana y sagrada, y sin embargo unas y otras permanecerán quizá siempre ocultas; y mucho errará quien por una esposicion del Liceo quiera formarse una idea aproximada del estado actual de la pintura en España, porque dificilmente se resolverá jamás ningun artista dotado de verdadero genio, y celoso del digno culto de su arte, á presentar sus obras al público, y mucho menos en establecimientos donde ya no se comprende el arte sino como mezquino instrumento de galanteo, cuando las ideas generales sobre lo bello han sido viciadas y corrompidas no solo por las prácticas erróneas de la pasada centuria, sino tambien por el inconsiderado aplauso que algunos hombres de talento, malamente tenidos por autoridades, han prodigado á las escuelas mas absurdas, y á las obras de la mas crasa aunque disculpable ignorancia.

Por otra parte, ¿á quién ha de dirigirse el genio con sus inspiradas enseñanzas, cuando la sociedad en que vive las rechaza y paga sus nobles desvelos con fria indiferencia? ¿á qué reproducir en lienzos los grandes y portentosos hechos de la vida pasada de una nacion y su desarrollo? ¿á qué renovar el alto ejemplo de las virtudes públicas, y de todos los actos heróicos que ennoblecen la sangrienta historia de los pueblos? ¿á qué resucitar la antigua forma de aquellas ideas egregias que pasaron, cuando la nacion ya *no vive mas que de pan*, cuando á las virtudes públicas ha sucedido la pública inmoralidad, cuando al espíritu de sociedad reemplaza el mas grosero individualismo, y cuando para burlarse un pueblo de toda su existencia pasada lanza al viento las cenizas de sus antiguos reyes, como arroja todos los restos de su respetable nacionalidad al torbellino de una precipitada revolucion? A semejante sociedad, á semejante pueblo, ¿qué se le da ni de la magnánima perseverancia de aquel Fernando que dió en Granada el golpe de muerte al invasor Islamismo, salvando á la Europa entera, ni del glorioso suicidio de Numancia? Al mismo tiempo que ensalzará hasta el cuarto cielo la agilidad de una bailarina que en la pública escena le embriague de torpes ilusiones, acogerá con una benevolencia puramente oficial á quienes pongan ante sus ojos con vívidos colores los grandes dramas de Numancia destruida y de Granada conquistada!

Este es el estímulo, esta la proteccion, esta la recompensa reservada á los que dieron el *mal dulce bocado* en el celeste fruto del arte, género de contrabando en nuestro terrenal paraiso. Los que ejecutan grandes obras elevados de la imperiosa necesidad de crear que experimenta el genio, bien hacen en no exponerlas á un público que no puede apreciarlas: que en las épocas de decadencia, como la presente, son las bellas creaciones doblemente malhadadas, primero porque la generalidad no las siente, y en segundo lugar porque hay panegiristas temerarios que al querer gozarlas las mancillan, como sucedió á una antigua estátua de la diosa Venus por osadía de un ignorante mozo griego.

Sin elevarse precisamente á la altura de la epopeya, se han ejercitado recientemente algunos de nuestros artistas en las composiciones históricas; y entre los cuadros históricos últimamente presentados en el Liceo, es sin duda alguna el que primero merece ocupar la atencion el de D. Antonio Esquivel, que representa un acto de noble abnegacion del infante D. Fernando de Antequera. Pero son tantos y tan capitales los defectos que en esta obra hallamos, que bastará esta franca manifestacion nuestra para que no lleven á mal los demas autores de cuadros históricos que en este artículo nos abstengamos de mencionar y analizar sus composiciones. Para que no se califique nuestra opinion de caprichosa, haremos presentes al señor Esquivel las siguientes reflexiones.

Cuando se trata de ensalzar una virtud heróica ó noble cualidad de un héroe, es indispensable que se represente en él con el carácter de virtud constante, sin cuyo requisito, aunque excite el interés no moverá á admiracion á los espectadores. Un acto de virtud que no nazca de la práctica constante de la moralidad, y que sea solamente producido por un movimiento pasajero del ánimo, como el temor, el remordimiento, ó cualquiera otra pasion, no constituye héroe á un hombre: y esto aparece exactamente en la composicion del cuadro de que hablamos, el cual nos representa á un personaje que fue héroe verdadero, constante en la virtud, en la actitud de hombre vacilante y dudoso, viciando desde luego la idea filosófica del asunto, y su expresion natural y genuina. El D. Fernando del señor Esquivel con su mirada vaga é indecisa, su postura de pecador frágil que se teme á sí mismo, y que cual otro S. Antonio en el desierto asaltado por impúdicas visiones aleja de sí con resolucion mezclada de sentimiento el brillo fascinador de una corona, retrata mal al fuerte infante de Antequera, que se indigna y encoleriza contra los grandes que se proponen hacerle rey de Castilla, y que lleno de lealtad hácia su sobrino el niño D. Juan, manda alzar por él estandartes asi que recibe la noticia de los proyectos de la nobleza. El D. Fernando del cuadro ha ido huyendo de la corona como de una tentacion hasta refugiarse en un escondrijo de su alcázar: y corrobora fuertemente esta falsa idea el verle arrinconado junto al espectador, dejando á sus espaldas al condestable Dábalos, á todo un arzobispo de Toledo, y á los demas personajes que acuden á solicitar su consentimiento. Que el infante teme á su propia conciencia bien lo expresa el desórden de su cuerpo; y la actitud de sus miembros debia ser noble y compuesta, pues como oportunamente observa el pintor milanés Paolo Lomazzo en el tratado filosófico que escribió sobre su arte (1): *la modestia non entra in gesti terribili, nè anco paurosi*, etc.

Fuera de la falsedad del pensamiento, ocúrrese á la idea el grave defecto de la falta de perspectiva que hay en la colocacion de las figuras. Hay para estas en el cuadro un punto de vista diferente del que adoptó el autor para el fondo y el pavimento; y merced á esta distraccion todas las figuras que estan detrás del condestable aparecen ó enterradas en el suelo hasta cerca de media pierna, ó tan enanas que no pudieran descubrirse enteras sin excitar la risa.

No nos cebarémos en la crítica de este cuadro: añadirémos solo como de pasada, que tanto en los trajes como en las demas condiciones que se exigen hoy en los cuadros Históricos, se ha mostrado el señor Esquivel bastante negligente: sin que por eso queramos cargarle con toda la culpa de la *inconveniencia*, puesto que persuadidos estamos de que no pueden exigirse estudios serios y concienzudos de un artista en un pais donde la recompensa que obtiene el talento basta apenas para cubrir las necesidades del hombre en sociedad.

En la moderna Europa el culto de las artes es el mas caro de todos.—Se exige hoy del pintor mucho mas de lo que en el siglo de Rubens y Murillo se exigia, y la crítica aplicada á la estética es un arte enteramente moderna. Historia, arqueología, filosofía, todo es necesario para evocar en su verdadera forma y substancia el espectro de lo pasado.—Admiro que en España tengamos talentos que emprendan tan árdua tarea!

Para nuestros magnates no son ya una necesidad como en otros tiempos los goces intelectuales que proporcionan la estatuaria, la arquitectura y la pintura: dueña del siglo presente otra idea que la de la fuerza material, rebajada la preponderancia de los hechos de armas, destruida la desigual reparticion de los derechos y preeminencias sociales, reducida la desquiciada monarquía á su justo centro, declarada incompatible con la libertad y con la justicia la existencia de poderes y soberanías independientes, ya no tienen interés los descendientes de ilustres linajes en perpetuar con bronces, mármoles y lienzos las acciones de sus progenitores. Debilitada por otra parte la religion en los corazones, resentida la creencia de los embates de la filosofía, perdida para los pueblos la fé ardiente en el inmediato auxilio del Dios de las victorias, extinguidos los monasterios, empobrecido el culto, tampoco los templos dan hoy ocupacion á los pinceles y á los buriles. ¡Y qué hubieran sido en nuestros dias Velazquez y Murillo, sin la corte de Felipe, sin los monasterios de Sevilla!

Hay en el arte, ademas del género elevado y trascendental de que hemos hablado hasta ahora en este artículo y en el precedente, otros géneros que por no proponerse en realidad enseñanza alguna, ni ejercer influjo alguno social; en una palabra, por ser de un

(1) *Trattato de la pittura*, pág. 157. Edicion de Milan del 1584.

orígen enteramente diverso de aquel, no teniendo con él apenas nada de comun ni en los medios ni en el objeto, quisiéramos ver clasificados en una esfera aparte sin que jamás el general lenguaje los confundiera á todos con la vaga denominacion de *bella arte*. Qué hay de comun, por ejemplo, entre un hermoso paisaje donde tan solo se retrata la naturaleza exterior, y un cuadro de historia sagrada ó profana, donde se reproduce todo un drama, á veces puramente psicológico, y perteneciente á ese misterioso mundo interior donde acaso uno mismo no suele hallarse fácilmente? ¿Qué paridad puede haber entre un deleite que no pasa del sentido, y una leccion severa que es capaz de producir una accion grande útil al género humano, ó de arrancar lágrimas á un hombre y arrancarle el sueño? Tal es la diferencia que segun nuestro modo de considerar el arte resulta entre uno y otro género. El que no convenga con nosotros en que el objeto que le hemos asignado es el que verdaderamente cumple al arte en la sociedad cristiana, y no la imitacion de la naturaleza, inútilmente se esforzará en establecer categorías para los diversos géneros de pintura, y en querer probar que la pintura de historia es de mas importancia y noble gerarquía que la pintura de paisaje, de retratos, etc.

El deleite de la vista tiene un inteligente y solícito ministro en el señor D. Genaro Perez Villa-amil, el cual reconocido unánimemente por el primero de nuestros paisistas, posee la mágia de conducirnos con su fecundo y fantástico pincel, como una bruja en su escoba, á los mas pintorescos y variados parajes de Europa, haciéndonos pasar ya por un gigantesco acueducto romano, ya por una pradera abrasada y desierta, ya por la gran plaza de una ciudad arábiga inundada de luz y de gentío, ya en fin por un tranquilo canal de la Holanda, ó por las azuladas crestas de una montaña de las fronteras de la Prusia.

Desgraciadamente llevado de su facilidad y de su viveza de imaginacion, nos suele este hábil pintor detener muy poco en cada lugar, y no nos permite distinguir claramente los detalles de la escena que nos pone á la vista.—Otras veces tomándose el permiso de alterar los climas, y jugar con las latitudes, nos envuelve un fresco y sombrío paisaje del norte en la atmósfera cálida y en los iris que derrama el sol sobre las torres de la Alhambra y los picos de Ronda: asi yo he llegado á dudar de su buena fé y formalidad cuando me ha dicho que aquel pueblecito de pocas casas que me mostraba á orillas de un mar azul, teñido por la llama enrojecida de un sol poniente, como se vé en el mediodía, era el pueblo de Schevening cerca de la Haya, que ví yo hace pocos años revestido de tintas opacas y grisientas,—y que aquella elegante torre lanzada entre las nubes, que descuella sobre otros edificios góticos de tejados puntiagudos y mellados, inundada de luz y de color caliente, era la torre del palacio municipal de Bruselas, que habia yo visto tambien cubierta de una capa denegrida, y rodeada de edificios igualmente austeros de tono en los mas claros dias del verano.

En los paisajes é interiores del señor Villa-amil hay demasiada riqueza de color. Por ser tan pródigo de matices en todos sus cuadros se echa de menos en ellos el tono de la localidad. Sus vistas de Granada, Sevilla, Córdoba y Alcalá de Guadaira ofrecen los mismos accidentes de luz, los mismos tonos que los que últimamente ha presentado de Holanda y Alemania. Su modo de ejecutar tiene por lo tanto una parte convencional á la cual quisiéramos verle renunciar. Las grandes dotes de este pintor, en el cual nos complacemos en reconocer una imaginacion poco comun y una grande espontaneidad de poeta materialista, nos obligarian, aun cuando no fuese la amistad, á pedirle cuentas estrechas de los engaños que nos hace sufrir.—¿Dónde ha visto Vd., señor Villa-amil, árboles verdes de color de tierra seca, y troncos de árbol transparentes como de cristal, y rocas tambien transparentes, y otras fantasías como pinta Vd. en su vista de Leau en Flandes? Bien veo que eso consiste en que se abusa de las veladuras, y en que se prepara todo con asfalto, y en que luego se dibuja encima con el mismo asfalto, etc., etc. Se obtiene de ese modo un resultado muy agradable y fascinador; por ese método, en el cual todos los imitadores de Villa-amil caen inocentemente como pájaros en la liga sin producir mas que mamarrachos, y consigue nuestro hábil paisista una armonía grande y un atractivo tan poderoso que jamás puede mirarse un cuadro suyo con indiferencia.—Pero la naturaleza es mas severa en sus tonos locales; mas parca en esos matices que hieren demasiado la pupila.—Sus pequeñeces y detalles son en verdad mas ricos de colores de todo género que cualquier paleta de pintor; pero en el conjunto esas infinitas variedades desaparecen y se armonizan con la tinta general de la escena, sin que por eso tome jamás el colorido *monocromo* de que, por exceso contrario, pecan los paisajes del señor Camaron.

Este pintor y el señor don Fernando Ferrant han presentado tambien muy bellos estudios de paises; pero el señor Camaron ha estudiado el género en los cuadros de los flamencos, al paso que el señor Ferrant ha hecho un estudio minucioso y prolijo de la naturaleza misma.—De ambos sistemas es sin disputa el último el preferible; mas aún, en la pintura de paisaje no debe seguirse otro.

(*Se continuará.*)

PEDRO DE MADRAZO.

Revista de la Quincena.

Tal vez sea soportable el sol de junio para quien columbre alguno de sus rayos á través del espeso ramaje de frondosa alameda y al márgen de manso rio: acaso brille pródigo de deleites para quien comparte sus horas entre las delicias del muelle lecho y del fresco baño y de la suavísima holganza, y solo se dá á luz cuando asoma la del alba, ó cuando se desvanece la del crepúsculo de la tarde; mas cuando en el centro de la coronada villa cae á plomo sobre la cabeza del que pretende narrar los sucesos de quince dias, la convierte en un horno donde hierven las ideas y se liquidan á fuerza de hervir, evaporándose con el sudor que brota de su frente y se dilata por todo su cuerpo. No sino plantarse de un salto de 10 grados sobre cero en 30 sin salir por esos mundos de Dios á tomar aires, sea á san Antonio de la Florida, ó al ameno recinto de la Fuente Castellana dentro de un popular omnibus, ó á los sitios reales, baños de santa Agueda, ó de Carratraca ó de Ontanera, metido en la mesocrática diligencia, ó á ver cómo andan al morro los cantones de Suiza y se multiplican las prisiones por causas políticas en todos los estados de Italia, y maniobra el ejército de Prusia, y se celebran repetidos y frecuentes *meetings* á consecuencia de la prision decretada contra el gran agitador de Irlanda. A bien que los viajes se hallan á la órden del dia. Mientras la reina de las Españas arriba á Barcelona para tomar los baños de Caldas, se presenta el rey de Sajonia en Lóndres, que contiene casi mas número de almas que todos sus dominios, y á poco le sigue el emperador de todas las Rusias despues de atravesar en pocos dias la distancia que separa el Newa del Támesis, y de prohibir á sus súbditos el recreo de los viajes por órden expresa y terminante: sin duda el bueno del autócrata suele adherirse á la máxima monacal, sancionada por los siglos, de *Haz lo que yo te digo y no hagas lo que yo hago*. Recorre el Gran Sultan su propio territorio, y Luis Felipe piensa recorrer el ajeno cuando soplan las brisas de setiembre, para devolver la visita que en el palacio de Eu le hizo la reina Victoria. Desde Lóndres y París llega el marques de Viluma á la capital del Principado, y toma posesion de la cartera de negocios extranjeros: desembarca Fuad-Effendi, embajador de la Sublime Puerta, para felicitar á doña Isabel II por la declaracion de su mayoría: viaja nuestro embajador en Constantinopla por Siria y Egipto: D. Vicente Sancho, que lo fue en Lóndres, regresa á Madrid despues de tres años de ausencia, y el general Oráa vuelve á pisar las playas españolas despues de ejercer el mando supremo en las Islas Filipinas. Sale de Madrid D. Manuel Collar, hombre de 136 años, y decano de los vivientes de Europa, segun lo asevera la *Guia del Comercio*, si bien tenemos fundados motivos para creer que este asombroso caso de longevidad necesita de rigorosa cuarentena. A la idea de tanto ir y venir y moverse de un lado á otro, casi estamos por dejar el artículo en este punto, hacer la maleta, y emprender un viaje hácia el lado que sople el viento; mas fuera poca galantería no decir nada de la señora Albini, que ha vuelto á presentarse al público madrileño, y una vez empezada esta tarea pasaremos revista á las novedades teatrales que ha habido en la última quincena, protestando que si luego nos tienta otra vez el demonio de los viajes, damos con nuestros huesos en la primera góndola que salga de las *Peninsulares*, siquiera nos lleve á las amenas campiñas de Andalucía, ó á las ásperas montañas de la industriosa Cataluña.

Dos veces se ha repetido en el teatro de la Cruz un escogido concierto en que cantó la señora Albini. Esta excelente artista, que hace años formó las delicias del mundo filarmónico de la corte con el hermoso timbre de su voz, la gallardía de su persona, conserva aun todas las cualidades que constituyen una actriz: ocioso es decir que respecto á su canto triunfan los estragos del tiempo de las perfecciones del arte. Por lo demas el público se mostró galante y justo, saludándola con estrepitosos y prolongados aplausos, que se repitieron en las piezas que cantó del *Otelo* y de la *Norma*. Aun cuando se notára mayor decadencia en las facultades de la Albini, que en sus buenos tiempos cantaba la Semíramis nueve noches consecutivas, ningun riesgo corria en Madrid su reputacion artística, pues todos conservan memoria de sus brillantes triunfos: de otro modo seria rigorosa nuestra censura contra las personas que hayan tenido parte en su presentacion en la escena, como censuraríamos á la tripulacion de un barco combatido por los vientos y las olas que metiese á bordo á un diestro y acreditado piloto sin otra esperanza que la de zozobrar todos juntos.

Nos duele ver y oir al señor Sínico en un teatro con poca gente, ahora que se halla en la flor de su canto, época que debe aprovechar un tenor de su mérito para recorrer los principales teatros de Europa, hacer que cunda su fama, y labrarse una fortuna que le permita retirarse á tiempo de la escena; último paso que robustece y consolida la gloria de un artista. Bien debe conocer por la experiencia de tres meses que en Madrid no se pueden sostener dos compañías de ópera, mucho menos si una de ellas solo ha de confiar en sus propias fuerzas; y si alguna duda le quedaba puede habérsela desvanecido la entrada de cinco mil reales escasos que produjo la repeticion del concierto en domingo, siendo asi que habia la novedad de la Albini, y que él cantó la introduccion del Otelo con mas valentía que el mismo Rubini, si bien no con tanto floreo.

A la hora en que escribimos estas líneas con la Norma y la Lucía, y el Belisario, y con Gisela y el Lago de las Hadas, han ido pasando meses y meses en el Circo; y no parece sino que en este teatro es la compañía de verso suple-faltas de las de baile y ópera: de suerte que asi como en los otros teatros hay ciertas producciones que solo se ejecutan cuando no hay funcion dispuesta, y á las que se da el nombre de *remiendos*, cualquiera diria que en el Circo se destinan á este uso todas las obras dramáticas, ya sean nuevas ó antiguas, traducidas ú originales. Por eso sin duda se ha puesto en escena la comedia en cuatro actos, original del distinguido poeta Don Tomás Rodriguez Rubí, titulada *Al César lo que es del César*, cuando todavía no estaba bien ensayada. Es esta una produccion en que están observadas de la manera mas rigorosa todas las unidades: la accion dura solo diez horas, pasa en un mismo punto, y cada personaje camina á un fin. Su argumento es de extraordinaria sencillez.

A las inmediaciones de Madrid, y en una casa de campo, viven doña Gertrudis y doña Rosa su sobrina, mujeres cuya única hacienda consiste en el dia y la noche: es la vieja ladina hasta la médula de los huesos, y la muchacha va amaestrándose como mejor puede en una vida de aventuras. En sus arteras redes ha caido Don Enrique, y debe casarse con Rosa contra la voluntad de Don Pedro, su padre, hombre millonario y de mundo, como un veterano de la Independencia. Preséntase éste en la casa de campo, y reconoce en el mayordomo á su antiguo asistente, quien antes de que vea á las señoras, le instruye de su vida y milagros. Despues de que Don Pedro forma interiormente sus cálculos, se muestra afable y complaciente con su futura nuera y con doña Gertrudis, quejoso con su hijo Don Enrique porque no le ha convidado á su boda, y hasta tolerante con el atolondrado Don Cándido, íntimo de su heredero. A solas con éste le insta á que pase á Madrid para que prepare con lujo su matrimonio, no queriendo que se celebre á cencerros tapados; el jóven accede no sin dificultad á ponerse en camino, sin despedirse antes de su novia y de su tia. Don Pedro se aprovecha de esta ausencia para poner en planta su proyecto: en una entrevista con Doña Gertrudis declara el viejo que está enamorado de Rosa, y aun cuando aquella hace ascos al principio, como no ve otra esperanza de variar de fortuna, accede á cuanto se la propone, y con poco trabajo persuade á su sobrina de lo que la conviene. Verificada esta mudanza despacha Don Pedro un propio á Madrid para que su hijo regrese al instante á la casa de campo: llega á la hora en que debe firmarse el contrato matrimonial de su padre, quien arrancándose la máscara del fingimiento, luego que salva á Don Enrique de las garras de la falsía, echa en cara á doña Gertrudis su poco laudable conducta, y la cede la casa de campo que compró su hijo sin conocimiento suyo para que varien de sistema.

Por lo que llevamos dicho se conocerá fácilmente el poco enredo de esta produccion: sostiénese no obstante por sus amenos chistes, su fácil diálogo y su versificacion flúida y armoniosa: nos parece bien delineado el carácter de Don Pedro; el de Don Cándido da bastante animacion á la comedia. Rubí ha sacado todo el partido posible de tan sencillo argumento; y en nuestro sentir, bien considerada la compañía de verso del Circo, no debia meterse en mas dibujos. A los que crean que hay en esto parcialidad, les preguntaremos si presumen que entre los actores del Circo po-

drian repartirse bien *Castillos en el aire*, *la Rueda de la fortuna*, *y Bandera negra*. Poco diremos de la ejecucion: sobresalió en ella el Sr. Arjona: por el tono, las pausas, y reticencias con que dijo su papel el señor Valero, nos pareció que estaba representando el Luis Onceno. Concluida la representacion fue llamado á las tablas el Sr. Rubí, y aplaudido en extremo.

A beneficio de los señores Soler y Gastambide se ha ejecutado en el Museo Matritense un escogido concierto, donde tuvimos el gusto de oir por primera vez al Sr. Salas despues de su regreso á la corte: cantó con su habitual maestría el ária de viva *il Matrimonio*, arrancando muchos aplausos, que compartió con la Gariboldi en el duo de *Gioventudine* et *Vechiasse*: lucieron su reconocido mérito el Sr. Soler en el oboe, el Sr. Sarmiento en la flauta, y el Sr. Zamora al piano. Gustó sobremanera el duo de *doña María de Padilla* cantado por la Basso Borio y la Gariboldi, y contribuyeron al buen éxito de la funcion los señores Cajigal, Barba y Gastambide. Salió el público sumamente complacido: no fué la concurrencia muy numerosa, y lo atribuimos á que casi todos los periódicos anunciaron por equivocacion el concierto para el dia siguiente.

Aprobamos del todo el plan últimamente seguido por la empresa de los teatros principales. Despues de obtener la comedia titulada *Españoles sobre todo* diez y siete representaciones consecutivas, puso en escena sin pérdida de una sola noche la comedia original del poeta aragonés Sr. Huici, titulada *Venganzas de un pecho noble*, y representada con buen éxito en Zaragoza hace algunos meses. Esta produccion parece exactamente una comedia del siglo XVII por sus personajes, su enredo, sus situaciones y hasta por el giro de su versificacion. Esto prueba que el Sr. Huici ha hecho un detenido estudio del teatro antiguo, cuyas producciones son un inagotable manantial de invencion y de poesía; mas si sirven de instruccion y de recreo al literato en su gabinete, no satisfacen las exigencias del público del dia, como lo atestiguan las desiertas localidades de un teatro cuando se representan las mejores de Calderon. No olvide el Sr. Huici que los antiguos son fúlgidas antorchas que nos iluminan con sus resplandores por la senda en que el mundo avanza siempre y no brillantes é inmobles faros hácia los que debamos enderezar nuestro rumbo. Le aconsejaríamos que aprovechase sus felices disposiciones escribiendo segun el gusto dominante, ó mas pronunciado en la época de transiciones en que vivimos. *Venganzas de un pecho noble* ha proporcionado dos entradas regulares, y sin interrupcion alguna se estrenó á la noche siguiente en el teatro de la Cruz una famosa tragedia. Si la empresa de los teatros principales prosigue en este sistema, ventajoso para el público, al hacer su balance á fines del año cómico se convencerá de que no siempre proporcionan pérdidas los teatros, como tambien de que hay un medio infalible de obtener ganancias.

Ademas de las producciones citadas se han estrenado otras dos en el teatro de Variedades: *El tundidor de Mallorca* y un *D. Juan de Calderon*; y en el del Instituto una comedia del Sr. Berzosa: todas ellas adolecen de bastantes defectos, si bien no carecen de algunas bellezas: no hacemos mencion de ellas sino porque nos complace todo lo que pueda excitar mas y mas la aficion del público al teatro, pues de eso pende exclusivamente la prosperidad de nuestra literatura dramática.

A. F. del Rio.

ALFONSO MUNIO.

El dia 13 de junio de 1844 se ha estrenado en el teatro de la *Cruz* una tragedia en cuatro actos y en verso, escrita por la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, que lleva por título el mismo que estas líneas. Nosotros quisiéramos analizarla con toda la detencion y el tino que exige la novedad del género á que pertenece, ó mejor aun, en el que está escrita; pero ambas dificultades son insuperables: la una es cuestion de tiempo, la otra de insuficiencia. La primera pudiéramos vencerla muy bien remitiendo nuestro juicio crítico al número próximo, pero eso seria prolongar demasiado á nuestros lectores la noticia de un acontecimiento literario, que hará época por mas de una razon en nuestro teatro. El otro inconveniente no seria tan dificil de allanar, si el que esto suscribe no se prevaliese, por un abuso egoista tal vez, de su posicion en este periódico, para disputar á sus ilustrados compañeros de redaccion la honra de ser el órgano por donde sepan los lectores de *El Laberinto*, el triunfo que ha obtenido en la escena española, la autora del *Espatolino*. Sin embargo, y gracias á la amable condescendencia de una notabilidad literaria muy respetable, tal vez podamos dar en otro número un juicio crítico digno del bellísimo floron con que ha enriquecido la literatura dramática nuestra ilustre colaboradora. Vamos pues á empezar nuestra grata tarea, procurando ceder todas las líneas posibles á la insercion de algunos versos, seguros de que el lector los ha de preferir á nuestras observaciones.

Alfonso Munio es un alcaide de Toledo. La escena pasa en la ciudad imperial á mediados del siglo XII.

Alfonso Munio, tiene una hija llamada Fronilde, enamorada y correspondida del príncipe D. Sancho, hijo de la emperatriz doña Berenguela, y destinado á casarse con doña Blanca de Navarra. En el primer acto llega Munio á Toledo, despues de haber vencido á los moros, y entre las aclamaciones del pueblo se presenta á la emperatriz á quien hace relacion de la derrota que han sufrido los contrarios. Doña Berenguela le colma de favores, y le propone la boda de su hija Fronilde con el conde D. Pedro Gutierrez de Toledo, siempre que la jóven consienta en ello. Munio dá cuenta á su hija de la boda con que la honra su soberana, y la jóven se estremece al oir el nombre del conde D. Sancho; acusa á solas de ingrata á Fronilde, porque se niega á escuchar su amor despues que ha sabido la boda del príncipe y la que su padre la propone por consejo de doña Berenguela; y cuando la niña huye para resistir al amor de D. Sancho, este se encuentra con doña Blanca que ha oido parte de la conversacion, y le reprende su reserva, empeñándole su palabra de evitar la boda contratada ya que el destino la ha desengañado tan á tiempo, y el príncipe jura al verse solo, elevar al trono á Fronilde. Una noche tempestuosa y horrible en que la jóven hija de Munio se encuentra sola en su cuarto, devorada por el dolor y el miedo, entra el príncipe por la ventana; Fronilde retrocede horrorizada, le manda salir de su habitacion, reprendiéndole su audacia; pero D. Sancho la asegura que ya se ha deshecho su boda con la infanta y que su madre consiente en que dé su mano á la elegida de su corazon. La hija de Munio se enajena de alegria, jura morir virgen ó ser esposa de D. Sancho, y le obliga á marchar antes que vuelva su padre; pero este que al paso ha oido el final de la entrevista, conoce la voz de D. Sancho, y le da un grito. Viene á la escena cuando ya el príncipe ha salido, Fronilde asustada se refugia á su aposento, Munio la sigue con la espada, se oye dentro un gemido profundo, Munio vuelve á la escena y cae diciendo: ¡horrible tempestad! ¡mandame un rayo!

El arzobispo de Toledo recibe una carta de Munio, pidiéndole que á la mayor brevedad disponga la reunion de todos los obispos, canónigos y monges para que fallen en un caso secreto de conciencia, y cuando llega Munio triste y pensativo, le pregunta el arzobispo el nombre y el delito del pecador á quien ha de juzgar la asamblea de prelados. Munio responde que una muerte, y á fuerza de insistir el arzobispo, confiesa haber asesinado á su hija á quien cree culpable; resistiéndose con admirable delicadeza, y á pesar de su enajenamiento, á nombrar al autor de su pretendida deshonra. El arzobispo se retira para asistir á la reunion de los prelados que tiene lugar en un salon de su palacio, y cuando Munio queda solo en la escena sale don Sancho á pedirle cuenta de la sangre de Fronilde, diciéndole que su hija estaba pura como los ángeles del cielo, y que muy pronto iba á ser su esposa. Munio horrorizado pide al concilio ir de puerta en puerta con la cabeza cubierta de ceniza; pero los prelados han resuelto que pase su vida peleando de nuevo contra el moro, para que Castilla no se prive del auxilio de un hijo tan leal. Don Sancho le emplaza al tribunal de Dios á rendir cuenta de la sangre de su esposa y de la suya, tratando de herirse con la espada, pero Munio le afea la accion, y con entusiasmo fanático ofrece lavar con sangre la de Fronilde. El príncipe enajenado pregunta, qué le queda en el mundo? y se encuentra en los brazos de doña Berenguela que le dice: «tu madre, ingrato!»

Hemos procurado referir el argumento principal de la tragedia con toda la rapidez posible, sin detenernos gran cosa en los accesorios, para que el lector pueda conocer en esqueleto el pensamiento de una obra que el poeta ha sabido, con asombro de los inteligentes, vestir con las formas de la tragedia clásica, y presentar con el interés del drama. Nosotros queremos prescindir aqui del sexo del autor al hablar de *Alfonso Munio*, porque las obras que conocemos de su pluma, y con especialidad la robustez, la energía, y la originalidad de sus odas, no dejan ver mas que un poeta lleno de imaginacion y valentía, llamado por sus escritos á figurar en primera línea con nuestros poetas líricos, y á descollar un dia entre los dramáticos. Pero llevemos nuestra justa admiracion al terreno de los hechos, y con los mismos versos de la tragedia, examinemos la arrogancia de los pensamientos, la belleza de las imágenes, la pureza de la diccion, y muy particularmente la brillante versificacion, que no decae un punto en toda la tragedia. Remitamos el mérito de *Alfonso Munio* al juicio de nuestros lectores, ofreciéndoles ejemplos de situaciones, de personajes, y de galana versificacion.

No perderemos el tiempo en la eleccion, bastará abrir el drama por la primer escena para oir á doña Blanca cuando al despertar de su sueño se encuentra con Fronilde, y la da cuenta de él en estos versos:

Blanca.

¡Le detesto!
Escucha, amiga: la mayor ventura,
el destino feliz que yo prefiero,
un sueño me ofreció. De aquí llevada,
por un ángel tal vez, en raudo vuelo
á las montañas de mi pátria, vílas
sus cumbres elevar al firmamento,
y hallaron por do quiera mis sentidos
una luz pura y un espacio inmenso.
De un coro de Zagalas rodeada,
tendidos por la espalda los cabellos,
festivos cantos, é inocentes risas,
dimos al aire en deliciosos ecos.
No encontré allí para abrumar mi frente
de una corona el envidiado peso;
mas muchas vi guirnaldas olorosas
de alegre mirto y de jazmines bellos.
Mil solios de verdura me brindaban
un valle y otro en sus asilos frescos,
y hallé en las ramas de árboles frondosos
variada copia de floridos cetros.
Tras meses tantos de opresion y enojo,
¡cuán dulcemente palpitó mi seno...!
¡cómo al feliz ambiente de la patria
se abrieron con placer mis labios secos...!
asi respira en ignorado asilo
cuando burla por fin veloces perros,
despues de fuga trabajosa y larga,
el perseguido y fatigado ciervo.
Esta brillante suerte que los hados
me destinan, Fronilde, no comprendo:
con paz y libertad en una choza
feliz viviera bajo humilde techo
sin mas codicia, sin afan ninguno.
Nací sin ambicion.

De la escena cuarta del mismo acto, y como muestra de versificacion fluida, y descripcion elegante, tomamos los siguientes versos que pone el autor en boca del conde Don Pedro, cuando refiere á la emperatriz el triunfo obtenido por Munio.

Pedro.

Cien acémilas marchan perezosas
de abundantes despojos bajo el peso;
y al fondo de este cuadro primoroso,
de punta en blanco, en el bruñido peto
reflejando del sol la viva lumbre,
sobre los lomos de alazan soberbio,
que en mil corbetas de nevada espuma
cubre tascando el acerado freno,
se descubre por fin al héroe invicto
cercado de sus bravos compañeros.
Las anchas plumas de sus ricos cascos
con susurrante soplo agita el viento,
y la visera levantada deja
sus varoniles rostros descubiertos.
Con gritos de placer y alegres cantos
les saludan las bellas de Toledo,
y laureles, y rosas, y jazmines
desde cada balcon lanzan al suelo.
Devuelven ellos los saludos gratos
al inclinar con gracia los aceros,
y entre el tumulto alegre se aproximan,
pisando flores, al alcázar regio.

Munio llega á la escena, y despues de besar la mano á la emperatriz, la instruye de su gloriosa jornada con esta brillante relacion:

Munio.

Con fuerza poca, pero mucho brio,
situéme en la eminencia de Montelo,
y al punto mismo apareció el contrario
en numeroso ejército dispuesto.
. . . . . .
Ensordecen los montes convecinos
de la batalla al pavoroso estruendo:
gritos, blasfemias, preces, maldiciones
se alzan del campo fatigando al viento.
Las ricas armas, que entre joyas miles
eran del sol purísimos espejos,
de polvo y sangre por do quier teñidas
crujen al golpe del templado acero.

El prado ameno de colores cambia
con el caliente y abundante riego,
y del Adoro los cristales frios
con humeante licor corren revueltos.
Siembran despojos la llanura roja,
cascos y miembros por do quier dispersos.
Aqui se encuentra un tronco mutilado,
allá una frente que aun sostiene el yelmo
acá una mano solitaria yace,
que de la vida en el afan postrero
con crispatura tal asió la espada
que aun clava en ella los helados dedos
Con prisa tanta la incansable muerte
ejerce al fin su duro ministerio,
que alli cabeza en la llanura salta,
que aun no conoce que le falta el cuerpo.

La escena final del acto segundo, cuando doña Blanca sorprende los amores de D. Sancho con Fronilde, está escrita con admirable tino y con estremada dignidad. D. Sancho no puede negar el secreto que ha sorprendido la infanta, y al pedirla que no se vengue de Fronilde, y sí de él solo, contesta doña Blanca:

BLANCA.

¡Injusto sois, señor! Magüer que jóven
no me juzgueis de inteligencia escasa;
y entendido tened, que si mancill=
vuestro desden mi vanidad de dama,
no á tanto llega su poder, que olvide
que ha nacido princesa doña Blanca. *Váse.*

. . . . . .

D. SANCHO.

Si los desaires de la jóven régia
con la guerra vengar quiere Navarra,
al ceñirme su púrpura Castilla
me da tambien su formidable espada,
y á la tremenda voz de sus leones
hará temblar las ásperas montañas.
¡Termina, sí, la indecision cobarde!
¡ya la penosa incertidumbre acaba!
llegó el momento de obtener la dicha,
ó de rendir la vida en la demanda.
¡Que es ya Fronilde de mi mano dueño
sepa la emperatriz, sepa la España!
La corona real pondré en sus sienes,
ó rota la verá bajo mis plantas.

La plegaria del arzobispo cuando Munio le dice que ha muerto á su hija, está escrita con valentía, y sus versos respiran la uncion evangélica que distingue á ese personaje en toda la tragedia, dice asi:

ARZOBISPO.

¡Infortunado! ¡Oh Dios! ¡mató á su hija!
Momento de pausa; luego se arrodilla y dice:
¡Omnipotente Dios! ¡Bondad suprema,
que en ígneo trono de inmutable base
fuerte regís la creacion inmensa!
Vos que una eternidad teneis futura,
inexorable, muda y justiciera,
que el arrepentimiento inutiliza
y la esperanza al infortunio niega;
hoy que aun el tiempo nuestras horas mide,
y la feliz misericordia reina;
hoy que aun la sangre del cordero santo
la ley imprime que el perdon ordena,
mirad piadoso al pecador doliente
que el peso atroz de la justicia aterra,
y abrid las puertas de la santa gracia
á un alma que Luzbel trastorna y ciega.
Si expiacion el crimen necesita
yo acepto ¡eterno Dios! la penitencia.
Arrastraré mis canas por el lodo;
haré saltar la sangre que ya hiela
la cansada vejez; con el cilicio
desgarraré mis carnes; y en mi mesa
lágrimas de mis ojos penitentes
amasarán mi pan. En mi severa
imponga su rigor vuestra justicia,
y á él le salve, Señor, vuestra clemencia.

Las últimas escenas del acto cuarto y último entre D. Sancho y Munio, están escritas con mucho fuego, y los versos que pone el autor en boca del segundo, celoso de su honra, fanático, indeciso, y siempre dominado por la nobleza del vasallo, fiel á sus reyes, completan el retrato de Alfonso Munio. El príncipe le llama asesino, y Munio temiendo no poderse contener, le dice que huya:

MUNIO.

No á tanta prueba
espongais loco mi virtud. ¡Dejadme!

SANCHO.

¡Tu virtud, mónstruo! ¡tu virtud! blasfemia
es en tu boca su sagrado nombre.
¡Tu virtud! ¡tu virtud!... Con sangre impresa
la llevas en el rostro, y donde pisas
el rastro inmundo señalado dejas.
¿No ves que con horror el sol te alumbra,
y con horror la tierra te sustenta?
¿No ves que cual Cain llevas el sello
de tu horrible maldad?... Naturaleza
se estremece de horror al contemplarte,
y á su indignada voz roncos despiertan
innumerables ecos, que á tu oido
¡Parricida! repiten.

Munio lucha con el furor y el respeto, desnuda la espada cuando el príncipe desenvaina la suya; pero se detiene y dice con dignidad:

¡Don Sancho de Castilla! mis mayores
á los vuestros debieron esta prenda
de nobleza y valor, que conquistaron
á precio de magníficas proezas,
y en la mano de Munio, el enemigo
jamás ociosa la encontró.

. . . . . .

Muy mas que recibí me habeis quitado
don Sancho de Castilla; mas me restan
mi honor y mi lealtad, que á pesar vuestro
se apuran al crisol de las ofensas,
y salen mas brillantes y mas puros...
¡Oh! bien teneis irrecusable prueba;
pues yo respeto en vos la real corona,
magüer que vuestros vicios la envilezcan.

Despues cuando sabe la penitencia que le imponen los prelados, detiene á D. Sancho que quiere atravesarse el corazon con su espada y dice:

No asi, don Sancho, su dolor ostenta
un noble castellano. Sangre clama
la sangre de Fronilde..... ¡sangre tenga!
Aplacar sus cenizas agitadas
no podemos lograr con culpas nuevas:
víctima del furor: desde la tumba
cordura manda y el furor reprueba.

. . . . . .

(*Se adelanta al proscenio con exaltacion.*)
¡Gloria tendrás, Castilla! tus leones
sombra darán, si tienden sus melenas,
á lejanas comarcas. Con el riego
que prepara mi mano, la cosecha
de invictos héroes brotará abundante
tu suelo venturoso, y tu grandeza
sus hazañas harán tan dilatada
que nunca el sol en tus dominios muera.
¡Suene, suene el clarin! La lid terrible
ya tarda á mi furor.—¡En paz te queda
hija del corazon! y cuando alcances
el holocausto que tu tumba anhela,
un hueco en ella me concede pia,
para cubrir mi cuerpo y mi bandera!

Poco nos resta que decir despues de haber indicado el argumento de la tragedia, y copiado algunos trozos de su hermosa versificacion, para que por ellos conozcan nuestros lectores una de las mas bellas cualidades de esa obra y son los personajes. El de Alfonso Munio es una creacion colosal. Está dibujado con unos colores tan vivos, y sostenido con tal vigor en toda la tragedia, que le hace digno rival de los mejores personajes trágicos que hay esparcidos en las diversas obras maestras de la tragedia clásica. El extremado celo de su honra que le hace asesinar á su hija apenas la cree criminal, y el entusiasmo fanático con que se vuelve á la guerra para lavar la sangre inocente, tranquila ya su conciencia con la absolucion de los prelados, son dos rasgos muy característicos de la época, que en toda la tragedia está perfectamente comprendida. El arzobispo es tambien otro personaje grande, y el autor, sin separarse por cierto de la verdad histórica, ha sabido presentar en él un modelo de prelados, lleno de caridad cristiana y de uncion evangélica. El personaje de D. Sancho es muy digno de los anteriores, aunque no tan trágico; y esto se advierte sobre todo en el final del acto cuarto; pues á pesar de que el autor ha tenido la habilidad de no coronarle, para que su indecision y su timidez pareciesen mas verosímiles, no conserva el mismo fuego en todas las situaciones. Al final del acto segundo, cuando desafia todos los poderes de la tierra, y jura casarse con Fronilde, se ve bien al amante ciego y al hombre poderoso, que todo lo atropella por seguir los impulsos de su corazon; cuando escala el palacio de Munio, es aun el jóven apasionado, que nada respeta fuera del objeto de su amor; pero á la vista de Munio no es el amante despechado, que habiendo perdido la prenda de su corazon, rompe todas las consideraciones, y venga la muerte de su amada. En el fanatismo de Munio, no solo es disculpable, sino que es muy propio que teniendo por cierta la deshonra, asesine á su hija. Por eso don Sancho, con su pasion y sus pocos años, y convencido de la pureza de Fronilde, no deberia ver mas en Munio que el asesino de su amada. Este ligero lunar fácilmente lo hubiera podido evitar el autor, apresurando la conclusion del acto. Tal vez nosotros estemos equivocados en esta opinion; pero nos parece que despues de oir Munio que su hija era inocente, nada puede hacer buen efecto; y D. Sancho que podria desarmarse con el dolor de Munio, debe montar en cólera al ver el fanatismo con que pretende lavar la sangre de su hija con sangre sarracena.

El interés de la tragedia es tan grande, y está tan hábilmente manejada la gradacion, que desde la primera escena hasta la última va tomando nueva vida, y aumenta el interés de situacion en situacion, de verso en verso. Pero donde crece rápida y admirablemente, es al final del acto segundo, sosteniendo esa elevacion en los dos últimos actos. La ansiedad del público, y con especialidad de los inteligentes, es estremada cuando al terminar el acto tercero pasa la catástrofe. No hay nadie que crea posible otro acto, ni es fácil concebir cómo el autor podrá presentar á Munio ante un público que ha visto la inocencia de Fronilde, y que ha simpatizado con ese delicado personaje desde que empezó la representacion.

En la ejecucion hubo de todo, y no se crea por esto que estuviese confiada á partes inferiores, sino que habiéndose hecho tan rara la tragedia en nuestro teatro moderno, y ocupados diariamente los actores en obras dramáticas que tienen un colorido muy distinto al de la tragedia, carecen en algunas escenas de la entonacion que aquella requiere, y de la dignidad que exige.

El Sr. Latorre (Munio), brilló como siempre, especialmente en los dos últimos actos; pues al principio nos pareció algo frio. Las escenas que tiene con el arzobispo y con D. Sancho, las dijo admirablemente, y hubo momentos en que con su acostumbrada maestría daba realce al alcaide de Toledo, creacion divina de la tragedia. El Sr. Lumbreras habia comprendido su papel; pero estuvo poco inspirado en algunas escenas; y es un dolor porque le sobran fuerzas para manejar papeles como el de Don Sancho. La señorita Lamadrid (doña Teodora) debió dejar satisfecho al autor de Fronilde, que indudablemente se la imaginaria al escribirla con esa delicadeza, esa amargura, y ese sentimiento que admiramos en la señorita Lamadrid. La hermana de esta actriz tenia una parte pequeña que desempeñó bien, aunque no con aquel esmero que suele poner en papeles de mas importancia; pero la señora Lamadrid (doña Bárbara) siempre que sale á la escena, es un buen personaje trágico. La señorita Toblares anduvo algo tímida en su papel de infanta; pero dió algunos toques delicados en la escena que tiene con D. Sancho. Los señores Monreal y Lopez (D. Pedro) estuvieron acertados en el desempeño de sus papeles, y el segundo sacó un trajo de [illegible] nunca se ha visto en el teatro, donde rara vez se observan épocas en los trajes de las dignidades eclesiásticas. Asimismo vistieron todos los demas actores con propiedad y lujo. La empresa por su parte la ha puesto en escena sin omitir gastos de ninguna especie, estrenando armaduras para los guerreros, pendones, y una lindísima decoracion en el primer acto. Todo el aparato escénico ha sido digno de la tragedia que lo motivaba.

La concurrencia fue muy escogida, y pocas veces hemos visto aplaudir con mas entusiasmo, interrumpiendo varias veces la representacion, que terminó entre una salva de aplausos y gritos entusiastas con que el público manifestaba sus deseos por conocer al poeta, que luchando con los muchos inconvenientes que parecian tener hoy las representaciones de ese género, ha sabido entusiasmar al público con una tragedia nueva á nuestro juicio, y que acaso sea la única compatible con el gusto moderno.

Multitud de coronas y ramilletes de flores cayeron á los pies de nuestra ilustre colaboradora, que con la mayor modestia las colocó sobre las sienes de las actrices que la condujeron al teatro de sus glorias; y se retiró de alli á su casa acompañada de sus numerosos amigos que la obsequiaron con una serenata donde entre otras piezas de música se tocó el himno de su tragedia.

La redaccion de *El Laberinto* siente hoy un placer inmenso al ver cubiertas las sienes de la autora del *Espatolino* con tan merecidos laureles, y el que suscribe tiene la honra de felicitarla en nombre de aquella.

ANTONIO FLORES.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.
Calle de Carretas, núm. 8.